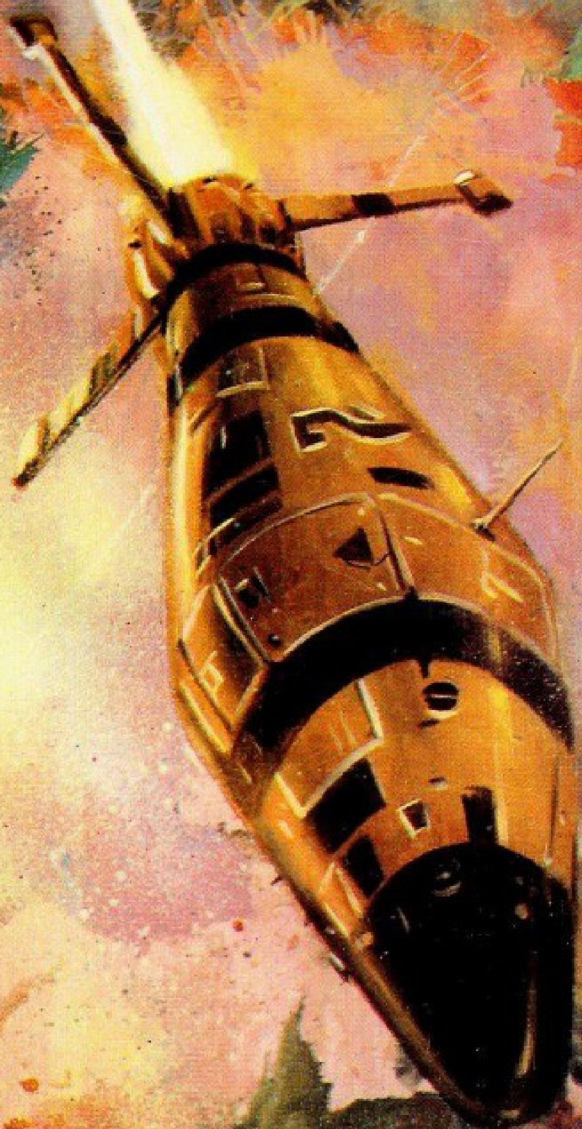
héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

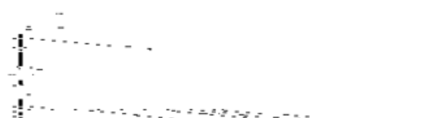
PROA AL FUTURO



ROCCO SARTO

SOLO PARA ADULTOS











ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

97 — *La amenaza de E.R.W.* — Elliot Dooley
98 — *El asteroide de Kassandra* — A. Thorkent
99 — *¿Dónde estará la Tierra?* — Joseph Berna
100 — *El asesino que llego del cosmos* — Law Space
101 — *Planeta invisible* — Lucky Marty

ROCCO SARTO

Proa al futuro

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 102
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal B.370 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1982
1.ª edición en América: septiembre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Miré el barco y comparé su silueta ágil y dura con las de todas las embarcaciones amarradas en el muelle. Era una especie de ritual con el que siempre saludaba a mi barco. Los dos éramos unos solitarios y los únicos que comprendíamos la situación.

Me eché el bolso de lona impermeable al hombro y caminé a lo largo del muelle en dirección al edificio del viejo Mark.

Mark Steiner era alemán, setentón, duro como el roble y delgado como el mimbre, pero nadie se atrevía a echarle un pulso. Hacía varios años que nos respetábamos mutuamente y eso, en los tiempos que corren, es muy parecido al afecto.

Trenzaba una red con manos nudosas y oscuras.

—Salud —dije.

—Amarra bien el *Vengador,* se acerca la borrasca.

—Lo sé.

El movimiento de sus dedos trenzando la cuerda siempre me había fascinado.

—Saldré en un par de días, Mark. ¿Podrá ocuparse de todo?

—¿Por cuánto tiempo?

—Meses —dije.

—De acuerdo.

Mark Steiner era el padrino de todos los navegantes que dejaban sus barcos en el pequeño puerto de Álamo, a unos treinta kilómetros de San Francisco. Se ocupaba de las reparaciones, el aprovisionamiento y los consejos. Hacía tantos años que estaba allí que nadie hubiese pensado en Álamo sin el viejo Mark Steiner.

Se decía que había llegado poco después de terminada la Segunda Guerra Mundial, pero nadie sabía a ciencia cierta cuál era su historia. Jamás se había casado y parecía disfrutar con su dura soledad de marino de tierra firme. Nadie sabía tanto de barcos como él aunque no salía a menudo a la mar.

Eché una mirada a su cuarto de trabajo y descubrí los titulares en el periódico abandonado sobre una vieja silla de paja y madera.

LA TENSION INTERNACIONAL

Era un texto que se repetía desde finales de 1982 y que siempre conseguía conmoverme.

Todas las agencias de información política coincidían en que el equilibrio atómico entre las grandes superpotencias ya resultaba imposible; sin embargo, el equilibrio continuaba manteniéndose inexplicablemente desde la última crisis de 1982, y de aquellos días de terror y desesperación ya hacía dos años.

—Esta vez es cierto —dijo Mark clavando en mí sus ojos claros y legañosos, sepultados en grandes ojeras oscuras.

Miré su cabello amarillento, descolorido por los años y años de intemperie y descuidos y sentí un cariño profundo por el viejo y hermético alemán.

—¿Qué es cierto? —pregunté.

—La guerra. Ya no puede tardar mucho.

—Entonces será el final —dije.

—Puedes apostar por ello, muchacho.

Sonreí.

—No lo haré, Mark; no podría cobrar las ganancias.

—No tiene importancia, hijo; morirás sin saberlo y con la satisfacción de haber ganado el último juego.

—¿Quiere algo de San Francisco?

—Sí, una caja de cerveza negra; aquí no puedo encontrarlas.

—Bien. Adiós.

—Adiós, hijo.

* * *

Regresé al sol del mediodía. Parecía extraño que todo ese sol y ese mar en calma, todo ese puerto apacible y lleno de belleza fuera sólo un juguete condenado en medio del caos atómico que amenazaba con estallar en cualquier momento.

Busqué mi coche en el aparcamiento y levanté el capó para volver a conectar la batería. Hacía varias semanas que había salido a navegar y no quería tener problemas con el *Chevy* a mi regreso.

El motor respondió en seguida y di un amplio giro para coger la

salida de San Francisco.

Bordeé el océano durante varios kilómetros antes de perderlo de vista tras los médanos. Como siempre que regresaba a tierra luego de una larga temporada en el mar me invadía un cierto desasosiego.

En el mar es posible ser un solitario. En la tierra todo parece complotarse para hacernos sentir animales exóticos y perseguidos.

Me gusta ver el mar, estuviera donde estuviera.

Llegué a la ciudad empinada y detuve el *Chevy* en una gasolinera. El sol caía a plomo sobre la tierra dispuesto a cocerla con todos sus inconscientes ocupantes.

—Llénelo, por favor —dije al hombre.

El tipo suspiró, fatigado más por costumbre que por la jornada que le tocaba vivir.

Escuché una radio dentro de la oficina repleta de latas de aceite y lubricantes. La voz de un grupo de moda, uno de esos conjuntos aplicados al *revival* dejaba constancia, una vez más, de que la música de los años cuarenta tenía una vigencia que rompía todos los marcos.

El hombre dejó la manguera en su sitio, se limpió las manos con un paño y dijo:

—Son cuarenta dólares.

Le di el dinero más un par de dólares de propina y di vuelta la llave.

El rostro del empleado de la gasolinera se empequeñeció en el espejo retrovisor como el de una escultura abatida por más desengaños de los que podía soportar.

Aceleré para llegar antes a mi destino, aunque no tenía ninguna prisa en absoluto.

Mis derechos de autor estarían en su sitio cuando yo estirara la mano para cogerlos.

Aparqué junto al bordillo sin preocuparme por cerrar con llave las puertas del coche.

Miré la fachada de la editorial y suspiré. La única razón por la que iba personalmente a buscar el dinero era la de que necesitaba convencerme de que todavía tenía algo que ver con la ciudad en la que había vivido la mayor parte de mis treinta y ocho años, y también, ¿por qué no con algunas de sus gentes?

Necesitaba un trago.

Entré en el pequeño bar de Richie y me acerqué a la barra repleta

a aquella hora, rogando en voz baja que mi buena suerte no me abandonara y no tuviese que mantener una estúpida conversación con algún conocido de paso.

Tuve suerte.

—Hola, corsario —me dijo Richie.

Su éxito como barman consistía en que daba la impresión de ser nuestro mejor amigo sin preguntarnos nada ni intervenir en nuestra biografía con consejos fáciles.

—Hola, Richie.

—¿Cerveza?

—Sí, por favor.

—¿Cómo está el viejo Mark?

—Lleno de energía. A propósito, ¿tienes cerveza negra?

—Desde luego.

—Estupendo. No tendré que aventurarme en ningún supermercado. ¿Puedes dejarme un par de cajas?

—Desde luego —sonrió Richie y puso ante mí una caña helada y espumosa.

—Salud —dije y bebí la cerveza con una ansiedad que jamás había provocado en mí ninguna mujer.

—¿Otra? —preguntó Richie.

—No, gracias. ¿Cómo va todo por la gran ciudad?

—A punto de estallar. El mundo está a punto de estallar.

—Sí, eso mismo me dijo Mark.

—Será que nosotros no nos resignamos —reflexionó Richie como si hablara consigo mismo—. El resto del mundo no parece darle demasiada importancia al hecho de que estamos sentados sobre una computadora loca, cargada de bombas increíbles y que ha comenzado su cuenta atrás.

No respondí. Richie no era un alarmista y jamás se había mostrado tan conversador.

—Tendremos más suerte en la próxima encarnación —dije mientras me encaminaba a la salida.

—Tal vez —le oí replicar sin demasiada convicción.

* * *

Cogí el ascensor hasta la última planta y descendí en un amplio vestíbulo pintado de blanco, con plantas de interior en plena expansión, muebles escandinavos y secretarias escandinavas.

Me gustaban más las secretarias que los muebles, pero sabía que hablábamos idiomas distintos.

—Señor Lancaster, ¡qué sorpresa! —dijo una de las escandinavas.

Tenía cabellos rubios, ojos azules, labios anchos, nariz recta y pequeña y el porte de una reina con minifalda el día de la consagración de la primavera.

Su nombre era Zully y en una ocasión, deslumbrado por sus largas piernas perfectas y sus nalgas altas y tensas, la había invitado a un pequeño crucero en el *Vengador*.

Todo resultó maravilloso hasta que ella comenzó a hablar. Yo no soy un tipo muy conversador y no pretendo que nadie lo sea. Sólo admiro a la gente que comprende que uno desea el silencio y lo respeta.

Zully se movía como una anguila afiebrada cuando hacíamos el amor en el camarote, en el mar y en cubierta, bajo el sol o las estrellas y confieso que no he pedido olvidar sus largos gemidos de lagarta en éxtasis, pero no todo el tiempo fueron alaridos de placer y caricias enervantes. Y precisamente esos momentos de compañía sin sexo habían acabado con la mentida felicidad que pretendíamos edificar sobre un terreno que se hundía irremisiblemente.

Me acerqué a ella y me incliné para besarla en ambas mejillas.

—Sabes que siempre podrás llamarme Jack —le dije.

Se ruborizó ligeramente y sonrió.

—El señor Dropfull está en su despacho.

—Dile que he llegado.

—Puedes pasar, Jack —dijo una voz a mi espalda.

Allí estaba Thelonious Dropfull, mi editor, agente literario, amigo y censor.

Era alto, delgado, elegante y calvo. Unas gruesas gafas con montura de concha parecían antiparras sobre su rostro de pez, ligeramente encarnado.

Estreché su mano nerviosa y seca y pasé dentro de su despacho.

Detrás del ventanal la ciudad caía casi perpendicularmente hacia el puerto, como si se despeñara sin remedio.

—¿Cómo estás, Jackson?

—Bien, aquí traigo mi próxima obra maestra.

Mi sarcasmo ya no lo irritaba. Los dos sabíamos que aquellas novelas de viajes que yo escribía se vendían muy bien y eso era todo lo que interesaba. Ni yo aparecería nunca en el Larousse como el escritor de mi época ni él haría fama como mi sacrificado editor.

—El dinero está a tu disposición —dijo, y sonrió cogiendo el original escrito a máquina en la cubierta del *Vengador* anclado frente a las costas de México.

—¿Has repetido a los protagonistas?

—No, son nuevos.

—Lástima, hemos recibido infinidad de cartas preguntando cuándo aparecería la próxima aventura de tus héroes.

Vi el periódico sobre su escritorio y me distraje momentáneamente.

—El mundo está que arde —dijo dejándose caer en un sillón y hojeando mi novela.

—Terminaremos asados en un bonito hongo atómico, implorando porque todo sea solamente una mala pesadilla de verano.

—Chico, creo que la soledad está comenzando a hacer mella en tu espíritu de navegante. No te pongas trágico.

—Estupendo. La tragedia está ahí, al alcance de la mano, junto a la botonera que se encargará de enviar los misiles. Pero eso no tiene ninguna importancia. Los amos del mundo se divierten desde sus bunker de acero, plomo y falta de escrúpulos mientras el resto, los agentes corrientes, viven cada día con el corazón atragantado.

—¿Crees que hay algo que podamos hacer? ¿Tú o yo o cualquiera en nuestra situación?

Su voz revelaba una infinita resignación.

—Tienes razón —reconocí—. Siempre antepones a todo el sentido práctico de la vida.

—Tú no puedes quejarte, Jackson —me espetó quitándose las gafas, lo que suponía que su pensamiento era absolutamente serio.

—¿Por qué no? —pregunté, aunque conocía su respuesta.

—Porque hace varios años que vives a tu aire. Haces lo que te place y como te place. Si te coge el famoso hongo atómico no tendrás que arrepentirte por haber pasado toda la vida detrás de un escritorio.

—Tienes razón —repetí, aunque no estaba muy seguro de que a

los treinta y ocho años ya hubiese llegado al final de mis posibilidades y estuviese impedido de cambiar.

—¿Qué harás ahora?

—Me voy al Pacífico sur, tres meses, tal vez cuatro.

—¿Siempre solo?

—Ya soy viejo para cambiar los hábitos —bromeé, aunque había algo de cierto en ello.

—No te pierdas de vista, Jackson —dijo Thelonious Dropfull y en su tono había una sorprendente solemnidad.

—Estaré en contacto. Te enviaré postales de cocoteros y dulces indígenas con faldas de paja y senos florecidos, ¿de acuerdo?

—Hazlo. Te lo agradeceré sinceramente. ¿Sabes? A veces me pregunto si sería capaz de abandonarlo todo y largarme en un barco como tú has hecho. Es una ilusión absurda, lo sé. No tengo tu tipo de bucanero y al cabo de una semana estaría extrañando a mi mujer, a mi secretaria, mis libros de contabilidad y mis continuas peleas con tus colegas, los «literatos»; pero soñar con ello sabiendo que es posible, ya que tú lo haces, ayuda a superar la crisis.

—¿Estás en crisis? —pregunté como un imbécil.

—Todos lo estamos, ¿no crees?

—Me voy, *Thelo*. Creo que mi compañía deprime tu ánimo guerrero. No tengo derecho a hacerlo.

Estreché su mano, le sonreí con verdadero afecto y salí de su despacho. Ya había tenido mi cuota trimestral de despachos desordenados, señores de corbata y secretarias finlandesas.

* * *

Subí a mi *Chevy* y me aseguré de que el talón por cinco mil dólares estaba en su sitio, junto al corazón.

Había un par de señoritas inquietantes con las que solía verme en San Francisco. Inteligentes, con un excelente sentido del humor y una sana capacidad para hacer el amor hasta el agotamiento, siempre sonriendo, como atletas perfectamente entrenadas.

Una de ellas era Margarita, una holandesa alta y rubia de grandes pechos generosos y una sonrisa ingenua, tras la que se escondía un apetito peligroso.

Detuve el *Chevy* junto al bordillo y me introduje en la cabina de un teléfono público.

Una voz de hombre replicó a mi llamada.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Soy amigo de Margarita —dije secamente.

—Margarita ya no tiene amigos, muñeco; piérdase.

Y colgó.

No me amilané por el giro que habían tomado los acontecimientos, pero supe que algo comenzaba a quebrarse definitivamente en mi espíritu.

Disqué el siguiente número.

Esta vez tuve más suerte, o al menos eso fue lo que creí.

—Hola, Marthe; soy Jackson.

—¡Hola, encanto!

—Acabo de llegar a San Francisco.

—¿De dónde?

—De México.

—Me encanta México. Estuve allí hace un par de meses.

—¿En México? —pregunté, incrédulo: Marthe era una de esas hermosas muchachas californianas que vivían pendientes de la decadente industria cinematográfica. Hacía diez películas por año. Todas eróticas menos una que era pornográfica. Ella, sin embargo, era una chica desprovista de esa maligna y torpe lujuria que caracterizaba a las mujeres que explotan esa rama del mercado sexual.

Jamás salía de California.

—Me casé con mi director. ¿Sabes a quién me refiero?

—Sí, lo sé. Bien, te deseo mucha suerte.

—La necesito —dijo—. Estoy embarazada.

Esta vez, al colgar el auricular en la horquilla, sentí que era un personaje de una obra olvidada en la que todos mis compañeros, los demás actores, se habían marchado a otros escenarios armados con nuevos guiones, o con el mismo viejo libreto repetido.

Miré el teléfono y durante un momento estuve tentado de buscar otros nombres en mi agenda. Como si esos escasos momentos de sexualidad que me permitía cuando llegaba a tierra fuesen determinados por las antiguas mujeres que acechaban desde las páginas amarillentas.

—¡Al diablo!

Salí de la cabina telefónica y regresé al bar de Archie, cogí las cajas de cerveza negra y enfilé nuevamente hacia Álamo.

CAPÍTULO II

Lo primero que me gustó de ella fue el modo de sentarse. Estaba observando el viejo Mark Steiner trenzando su red. Yo no podía verle el rostro, oculto por una enmarañada cabellera negra de enormes rulos rebeldes. Llevaba una camiseta sin mangas de color blanco y el tono cobrizo de su piel destacaba maravillosamente. Los téjanos desteñidos habían sido cortados un poco más abajo de la rodilla y las deliciosas pantorrillas cobrizas se perdían dentro de las alpargatas rojas transformadas en unos pies que adivinaba perfectos.

Soy un especialista en pies de mujeres.

Estaba sentada en un cajón de manzanas con las piernas estiradas, cruzadas y relajadas. Su cadera, ligeramente inclinada, confería a su cuerpo largo y atrapadoramente sinuoso un aspecto indolente, sereno.

Supe que su rostro no podía contrarrestar la belleza de aquella figura magnífica y me acerqué a ellos cargado con las dos cajas de cerveza negra.

Mark levantó su rostro, me miró y sonrió. Era difícil verle sonreír y me sentí halagado.

—Traigo el combustible —dije.

Ella se volvió hacia mí.

Tenía un rostro increíble. La tez dorada de sol, unos pómulos altos y perfectos, que sus ojos inmensamente verdes y rasgados parecían acentuar hasta el límite preciso.

La nariz recta y estrecha parecía tirar de la piel del labio superior y revelando una dentadura fuerte, blanquísima y auténtica.

Sonreía.

—Hola —dije, todavía con las cajas al hombro.

—Puedes dejar el combustible —rio—. Os ayudaré a consumirlo.

Su voz era profunda, segura y amistosa.

Abrí tres latas sin poder apartar mi mirada de ella. Era como una obsesión repentina a la que no podía ni deseaba resistirme.

Simplemente tenía que mirarla, beberla.

Le ofrecí una lata y entregué otra a Steiner.

Bebió arrojando la negra cerveza en su boca abierta desde

algunos centímetros de altura, estirando su cuello de bronce, tensando los senos duros y libres bajo la camiseta, estampando en mi cuerpo su carácter de mujer impresionante.

Mientras bebía, experimenté algo que había olvidado muchos años antes: inquietud, excitación, ganas de vivir y un interés desesperante por aquella muchacha.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Loretta Steiner —replicó con sencillez.

Miré a Mark.

—Todos tenemos nuestros secretos —dijo Mark, adivinando mis pensamientos—. Mi secreto es mi sobrina Loretta.

—Me alegro de que tengas una sobrina llamada Loretta.

—Y tú eres Jackson Lancaster, el corsario.

—No puedo creer que Mark te haya hablado de mí.

—Pues sí, lo ha hecho.

—Bien, dejaré de ser un rostro arrugado e impenetrable y te revelaré algo, muchacho.

Confieso que jamás había presenciado cómo Steiner abría su corazón a nadie.

—Es un día especial —dije.

—Eres el único tipejo que conozco que ha hecho lo que le ha venido en gana en esta tierra y lo ha hecho sin ofender a nadie.

Era demasiado para mí. Abrí otra lata y se la ofrecí a Steiner.

—Tú eres toda mi familia —dije, emocionado, y entonces reparé en Loretta, que nos observaba con respetuoso silencio.

—Música de violines para el amor viril —bromeó.

Era como si la conociera desde que no era más que un niño con apetencias firmes y espectaculares. En algún rincón de mi soltería y mi soledad empedernidas había estado aguardándola.

Se lo dije.

Se lo dije con la mirada mientras reunía coraje para preguntarle qué era de su vida, qué hacía, si estaba sola o no, si deseaba...

Ella resolvió los interrogantes.

—He leído algunas de tus novelas.

—No puedo creerlo.

—Y me gustan, porque son aventuras y todos los personajes parecen vivir lo que todos nosotros, los condenados a muerte de las ciudades, deseamos y no nos atrevemos a llevar adelante.

—Sólo hay que proponérselo —dije, sabiendo que no era así.

—Yo me lo he propuesto —replicó.

Mark Steiner me dedicó una de sus profundas, agudas y despiadadas miradas legañosas.

—¿Cuál es el complot? —pregunté, mirándolos alternativamente.

Mark abrió la boca para hablar, pero Loretta se le anticipó.

—Quiero ir contigo, Jackson.

Mi nombre en sus labios, dentro de una frase como aquélla, resultó semejante a un punzón caliente, impregnado de vino dulce y atravesando mis glándulas.

—¿Adonde? —pregunté como un idiota.

—Adonde tú vayas cuando zarpes en el *Vengador* —dijo rápidamente, y sus ojos verdes se encendieron.

Se puso de pie y buscó un cigarrillo en su bolso de lona. Lo encendió con mano firme y se paseó brevemente con los brazos cruzados bajo sus magníficos pechos.

Me sentía en una trampa de la que no estaba muy seguro de querer escapar.

—Tengo veintisiete años. Soy médico y hace cuatro que trabajo en un servicio de urgencia en el norte, en Canadá. Viví un par de años con otro médico, un muchacho estupendo que conocí en la universidad y de pronto, un día, él se marchó.

Me miró brevemente y aspiro su cigarrillo.

Yo cambié de posición y me senté en el cajón de manzanas. Pude sentir la tibieza que su dulce cuerpo de mujer había dejado allí.

—Fue algo extraño. No sufrí su marcha sino que descubrí que ya no podía vivir de la misma manera. Emparchando heridos, cosiendo la carne desgarrada de los accidentados, extrayendo botones de los estómagos de los niños y desinfectando cortes y golpes y cuchilladas...

—Continúa —la alenté.

Me pareció que no se sentía muy segura contando sus problemas. Ocurre a menudo con la gente que no especula con lo que suele ser su propia miseria.

—Bien: Recordé las cartas de Mark y volví a pensar en ti. ¿Sabes? Te había convertido un poco en mi ídolo. Mi Tom Sawyer de la madurez. De modo que planté la bandera, capitulé y lo vendí todo. En fin..., aquí estoy.

—Me alegro. Estaré encantado de que vengas conmigo en el *Vengador,* sólo que no puedo asegurarte que halles allí, o conmigo, lo que buscas. Yo no lo he encontrado aún y hace diez años que estoy en ello.

Esta última frase no era absolutamente cierta. Haría encontrado el modo de vivir conmigo en buenos términos, había encontrado un tipo de vida que me gustaba y era más de lo que mucha gente puede afirmar respecto de su propia biografía.

Loretta fumaba sin apartar sus ojos de mí. Sonrió.

—Tal vez entre los dos encontremos eso que nos falta —dijo.

No fue una proposición superficial, tampoco un acto de gratuita coquetería. Era una idea que había reflexionado y en la que yo había pensado varias veces. De todos modos sentí que la idea se confundía con el placer que me producía la sola imagen de la mujer.

Ella continuaba sonriendo. Adivinaba mis pensamientos.

—Soy discreta y fuerte. Sé navegar y disparar un arma. He ido varias excursiones de pesca y hablo un par de idiomas aparte del inglés. Cocino y podré restañarte tus heridas cuando te enfrentes con algún tiburón. También leeré tus originales; soy una admiradora de las novelas de aventuras. Además..., pagaré mis gastos.

—¿Un contrato? —dije, algo molesto.

—Con una cláusula especial que firmaré gustosa —sonrió Loretta —. Si resuelves que soy una mujer insoportable podrás dejarme en cualquier arrecife azotado por los huracanes.

Steiner ni siquiera nos había mirado, pero repentinamente levantó su rostro y volvió a sonreír.

Miró a Loretta y luego a mí.

—No tendrás ocasión de abandonarla en ningún arrecife, Jack. Esta mujer es una Steiner, vale la pena.

Y volvió a su trabajo.

Terminé mi cerveza y ella hizo lo propio.

—¿Quieres visitar el *Vengador?* —propuse.

—Será un verdadero placer —dijo con una amplísima sonrisa.

Y se colgó de mi brazo.

El *Vengador* es un yate adaptado especialmente para ser pilotado por un solo hombre, con ciertas dificultades.

Es una maravilla a la que Steiner y yo conservamos deslumbrante.

Loretta se detuvo a mirarlo. Flotaba impacientemente como un

tiburón a punto de lanzarse sobre alguna presa inventada en la distancia.

Éramos amigos y sentí que la muchacha también compartiría nuestros amores.

Pasó una mano por el casco y luego, con los mismos dedos que habían acariciado el velero, acarició mi barbilla áspera.

Me besó en las dos mejillas y, excitada como un niño que descubre en su calcetín el regalo que ha estaco aguardando todo un año, me abrazó para saltar a continuación a la cubierta del *Vengador*.

—Bien, capitán, ¿cuándo zarpamos?

En ese momento, viviendo una sensación vital como hacía años que no experimentaba, comprendí que necesitaba a aquella mujer y una idea en mi cerebro: ¿por qué diablos tenía que encontrarla ahora, cuando el mundo se hallaba al borde de la catástrofe? ¿Ahora que yo *sabía* que todo estaba a punto de estallar por los aires y no diez años antes, o seis años, o solamente cuatro años atrás?

—¿Qué te ocurre? —peguntó ella.

—Nada.

—No es eso lo que leo en tu rostro.

—¿Qué lees?

—Estás triste. ¿Es por mí?

Su semblante perdió la alegría del momento y me maldije por ello.

—Escúchame, Jackson. Por favor. Si prefieres continuar tu vida como hasta ahora, si no me quieres aquí arriba contigo, dímelo en seguida. Jamás me perdonaría si por mi causa te apartara de la paz que pareces haber encontrado en el mar, solo.

—No eres tú —dije—. Es el poco tiempo que nos queda.

—Tú también piensas en la guerra.

—¿Acaso no lo hace todo el mundo?

—Sí; pero no porque se aproxime, sino para exorcizarla.

Salté a cubierta y la abracé. Ella volvió a sonreír.

CAPÍTULO III

La borrasca crecía en el horizonte como la mano de un carbonero extendida en busca de la costa.

Loretta recorrió el *Vengador* como lo haría un meticuloso comprador, deteniéndose en cada recinto, pasando sus manos por los bordes pulidos de armarios y mesadas, recostándose en las cuchetas del camarote de popa y observando los instrumentos de navegación como una verdadera experta.

Yo me limitaba a mirar su cuerpo elástico y burbujeante mientras ella cumplía con su safari de niña entusiasmada.

—¿Qué opinas? —le pregunté cuando se volvió hacia mí.

—Que es como..., como un hogar. Sí, eso es, como un hogar.

—En todo caso es mi hogar; lo ha sido durante los últimos diez años.

—Y ahora será *nuestro* hogar —murmuró sonriente, y pasó a mi lado para trepar a cubierta.

Una primera ráfaga huracanada azotó el puerto y el *Vengador* se sacudió ligeramente.

—Me gusta este movimiento —dijo ella, deteniéndose a mitad del camino de la cubierta, mirándome—. Es como si el barco estuviera vivo.

Miré sus piernas enfundadas en los tejanos y las nalgas prietas, altas y redondas.

Era toda una mujer.

Ella pegó un salto y salió afuera.

La alcancé junto al tablón de desembarco que unía el barco con el muelle.

—Dime, ¿dónde puedo invitarte a cenar? —dijo.

Miré a mi alrededor. El cielo parecía ocupado por una fuerza enemiga, gris y violenta. A lo lejos había comenzado a llover y la silueta de los pueblos costeros desaparecía tras la cortina de agua.

—De acuerdo. Seré tu invitado.

—¿A las siete en lo de Mark?

—Allí estaré.

Me miró intensamente y sentí que en sus pupilas mi cuerpo era

una radiografía.

—Me alegro de que seas como eres —dijo y comenzó a correr por el muelle en dirección a la casa del viejo alemán.

La miré hasta que desapareció en la casa y continué mirando el vetusto edificio durante largo rato, como si temiera que se hubiese tratado solamente de una aparición póstuma, antes de mi último viaje.

Continuaba de pie en cubierta mirando la puerta que se había tragado a Loretta cuando las primeras gotas, enormes como lágrimas de dinosaurios fusilaron el *Vengador*.

Me eché un capote impermeable sobre los hombros y durante más de una hora estuve asegurando la nave, verificando las amarras, controlando que las reservas que esa misma mañana Mark estibara en la alacena y la pequeña bodega de proa estuviesen perfectamente a salvo del agua.

Cuando por fin entré en la cocina que separaba los dos camarotes, el de proa y el de popa, estaba empapado hasta los huesos.

Me desnudé y me metí debajo de la ducha. Saqué un brazo para encender la radio y me quedé varios minutos gozando del agua tibia y escuchando la voz inigualable de Ella Fitzgerald sobre un fondo de piano y contrabajo.

Cuando Ella terminó su última canción eran las cinco de la tarde y el servicio de noticias ocupó su lugar.

—«Las comisiones que representan a los Estados Unidos y la Unión Soviética se han retirado de la Conferencia por la Paz. Según todos los observadores este acontecimiento se considera definitivo y estamos inmersos en la peor crisis en lo que va del siglo. Los más optimistas no creen que el equilibrio pueda ya durar más de…»

Estiré el brazo y apagué el receptor. Hubiese deseado ser un viejo astronauta perdido en una galaxia en la que el poder del átomo sólo fuese un cuento infantil.

Me sequé vigorosamente y me vestí. Preparé café y serví una buena porción de whisky en un vaso. Llevé el tazón de café y el whisky hasta la cabina de mando del *Vengador* y me dediqué a observar la creciente irritación de la tempestad.

Me sentía como un conejillo de Indias en manos de un grupo de dementes con la capacidad y el poder de convertir la vieja Tierra en un escupitajo sanguinolento.

Realmente era como para vomitar de impotencia.

No lo hice. En cambio bebí el whisky y el café a pequeños sorbos y encendí un cigarrillo. Si había algún modo de sentirse bien yo lo estaba consiguiendo.

Loretta se había acurrucado en el noventa por ciento de mi memoria y desde allí me sonreía deliciosamente.

Eché un vistazo al reloj de la cabina. Eran las seis y cuarto.

Decidí fumar otro cigarrillo antes de ir en su busca a la casa del viejo Steiner.

* * *

Estaba a punto de salir cuando el automóvil se detuvo junto a la pasarela de mi barco. Loretta me hacía señas para que me reuniera con ella.

Corrí debajo de la lluvia y me zambullí dentro de la pequeña cabina del deportivo.

—¡Buena idea! —grité.

—No pude venderlo, es como un compañero de muchos años —dijo ella golpeando el volante del viejo MG.

—No podremos llevarlo en el *Vengador*.

—Lo sé, he decidido dejarlo aquí. Max se ocupará de él.

La miré seriamente.

—¿Has oído las noticias?

—Sí —dijo dando la vuelta sobre el muelle y enfilando hacia la salida del puerto.

—Estamos en el mismísimo borde del abismo —dije, furioso.

—Bien, tratemos de disfrutar nuestra precaria situación mientras nos sea posible; ¿de acuerdo?

No podía dejar de estar de acuerdo con aquella voz, aquella sonrisa y aquel cuerpo que daban forma a la inteligencia viva de la muchacha.

Casi no hablamos durante el trayecto hasta la cafetería. Nos detuvimos allí por azar. Loretta escogió mal el camino en una bifurcación y fuimos a dar a un edificio muy viejo, pintado con colores chillones y asomado a los médanos como un pícaro anciano espión.

Recordaba haberlo visto desde el mar, pero jamás había estado allí. Bajo un cobertizo azotado por el viento alcancé a divisar media docena de poderosas motocicletas.

—¿Qué?, ¿nos quedamos?

—¿Por qué no? —dije yo—. Tal vez descubramos un chef ignorado en este rincón perdido.

Un tipo alto, mal entrazado, con el cabello largo y sucio pegado a las mejillas salió al porche de la cafetería, nos miró mientras aparcábamos, sonrió mefistofélicamente y desapareció dentro del edificio.

Tengo un sexto sentido para anticipar los problemas. Sin embargo, no me di por aludido en ese instante. Loretta acaparaba todas mis posibilidades de experimentar percepciones extrasensoriales.

Corrimos hasta el porche y atravesamos las puertas de la cafetería riendo como locos.

Loretta vestía un conjunto de tejano y cazadora de nylon, sandalias de cuero y una camiseta tan sugestiva como la que se había puesto por la mañana. Sólo que ésta era más escotada y el valle inquietante que separaba sus senos era una garganta por donde cualquiera hubiese deseado despeñarse.

Dejamos de sonreír cuando comprendimos que un silencio extraño dominaba la estancia.

He visto y vivido suficientes películas de acción y violencia como para detectar un ambiente particularmente siniestro.

Eran seis tipos con aspecto temible acompañados de seis ninfas desvergonzadas y complacidas con su desvergüenza.

No soy un timorato y he conocido todos los puertos infectos pero aquella pandilla me atemorizó. Había una absoluta despreocupación en sus rostros. No les importaba nada de nada y daban la impresión de tener muy poco que perder.

—Buen sitio —dije sonriendo y cogí la mano de Loretta para depositar en ella un beso.

Fue un gesto espontáneo y yo fui el primer sorprendido. Ella se colgó de mi brazo y nos dirigimos a una mesa junto a la puerta.

La pandilla dominaba el otro extremo del local. Un viejo barman envió a un chiquillo mexicano para que atendiera el pedido.

Miré rápidamente a Loretta.

—Sólo beberemos una copa —dije—. Whisky solo, por favor.

—No me gusta lo que ocurre aquí —dijo ella.

El camarero mexicano miró tímidamente por encima del hombro y dijo entre dientes:

—Han cortado el teléfono.

Y se retiró en busca de las bebidas.

—Escucha, pequeña; quiero que bebas un sorbo de tu copa y luego, sin prisas, vayas hasta el coche y lo pongas en marcha.

—Puedo serte útil aquí.

La miré atónito. No había ningún síntoma de temor en su expresión y su voz era tan serena como siempre.

—Son como bestias —dije—. He leído algunas fechorías que grupos como éste han cometido en los alrededores y te confieso que me pusieron los pelos de punta.

—Yo también leo los periódicos —replicó.

El mexicano depositó los vasos de whisky como si en realidad estuviera a punto de desmoronarse.

—Tranquilo —le dije, sosteniendo los vasos para que no rodaran sobre la mesa.

Se retiró hacia la barra y se acodó junto al viejo.

Bebí un par de sorbos y me puse de pie. Loretta me imitó.

—¿Adónde creéis que vais? —dijo una voz pastosa, arrastrando las últimas sílabas sobre el vaho del alcohol.

—¿Me hablas a mí? —pregunté, volviéndome.

Era alto, desgarbado, musculoso y envuelto en tanto pelo como poros cubrían su piel. Estaba sucio y hedía. Se detuvo a dos pasos de mí.

Más atrás un par de amigos se ponían en pie, desperezándose. Las mujeres bebían, besaban a sus hombres y reían, todo a la vez. El resultado era deprimente.

—Nadie se va de aquí —dijo—. ¿No es así, chicos?

La manada asintió, histérica.

En un segundo tuve muchas ideas. ¿Qué tenía de lógico que un grupo de marginados buscara pelea en un planeta al borde de la guerra final?

—De acuerdo —dije y bajé la mirada.

Giré el pie izquierdo para afirmar en él mi cuerpo y lancé un puntapié feroz con la derecha a la entrepierna del tipo. Cuando se

dobló con el rostro al borde del estallido, cogiéndose las partes, salté sobre él y golpeé con mi puño derecho el esternón del que tenía más cerca. El canto de mi mano izquierda pegó con fuerza en la garganta del tercero.

Para entonces tuve que retroceder un par de metros porque necesitaba espacio.

Las mujeres se habían puesto de pie y procuraban escapar a las brumas del alcohol para acudir a la defensa de los machos cabríos.

Cogí una silla y la lancé contra los tres tipos que se me abalanzaban. Si uno sabe karate hay posibilidades de utilizar la sorpresa para poner fuera de combate a dos o tres personas que parecen muy seguras de su superioridad. La sorpresa es decisiva, y yo la había agotado.

La silla golpeó al primero en la frente y le llenó el rostro de sangre, pero el tipo no cayó. Se inclinó y se lanzó rugiendo hacia mí. Mala estrategia. Lo recibí con un puntapié frontal que se incrustó en su coronilla y cayó de costado inconsciente.

Los otros dos tenían un buen par de navajas en sus manos y estaban alerta. Estaba perdido. Nadie puede vencer a dos tipos que saben utilizar el cuchillo. Lo había comprobado en los puertos mexicanos.

Retrocedí.

Una de las lobas de aquel equipo de drogadictos cargó contra Loretta. La vi, pero no atiné a nada. No podía dejar de vigilar a los dos cuchilleros.

Sentí un gruñido a mi espalda y vi a la loba caer de espaldas a mi lado. Estaba desmayada.

—Adelante la segunda —dijo Loretta con la misma seguridad de siempre.

—¿Has estado en Vietnam? —le pregunté, recordando mis malos momentos de Indochina.

—No, pero he trabajado en algunos *ghettos*. No te preocupes por mí.

Las cinco mujeres se agruparon detrás de sus hombres. Ya no teníamos más tiempo.

Pero Loretta volvió a sorprenderme.

—Bien, ya nos hemos divertido bastante —dijo—. Ahora dejad los cortaúñas en el suelo y llevaos los cadáveres.

Le miré estupefacto. Confieso que su sentido del humor resultaba estimulante.

Tenía las piernas separadas, los brazos estirados y sostenía una pistola plateada, pequeña, pero sumamente persuasiva a esa distancia.

Parecía una profesional.

Los tipos dudaron. Yo di un paso y les arranqué los cuchillos.

—¡Largo de aquí! —gritó el viejo desde detrás de la barra.

En sus manos había aparecido una vieja escopeta de cañón recortado y parecía fuera de sus cabales.

Salieron a trompicones, arrastrando a los que habían quedado fuera de combate.

—Estás loca —le dije a Loretta, sonriéndole.

—¿Tú crees?

—¿Cómo diablos vas a apuntar a esa pandilla de animales con un mechero?

Sus ojos verdes eran brillantes y divertidos cuando replicó.

—¿Mechero? —repitió, divertida.

Movió ligeramente los brazos con los que sostenía la pistola y apretó el gatillo.

El pequeño plomo calibre 25 agujereó limpiamente un cacharro de latón imitación oro que alguien había colgado como objeto decorativo sobre la pared del fondo de la cafetería, a unos doce metros.

El viejo, que había salido para ver la huida de la pandilla, entró asustado y miró a Loretta como si hasta ese momento no la hubiese tenido en cuenta.

Pareció recobrarse; sonrió y una perfecta dentadura postiza iluminó su semblante.

—No admito negativas —dijo—. Sois mis invitados.

La borrasca continuaba furiosamente sobre los médanos, enredándose en las coníferas y salpicando de arena y agua los sucios cristales de la pintoresca cafetería restaurante.

El camarero mexicano, por fin, había dejado de temblar y conseguía un respetable equilibrio con su bandeja de rigor.

Loretta bebía demasiado, reía demasiado y charlaba demasiado. Yo estaba encantado.

—Si sobrevivimos a esta cena —dijo de pronto—, seremos

inmortales.

Cogí sus manos por encima de la mesa y la miré intensamente.

—Créeme —le dije—. Estoy convencido de que eres algo muy importante en mi vida. La sonrisa se petrificó en su rostro.

—No puedes hablar en serio, Jackson.

—¿Por qué no?

—Porque todavía no sabes ni la mitad de lo que soy capaz —replicó volviendo a sonreír.

Pensé que esa sonrisa era suficiente para que la pandilla de dementes que gobernaba el mundo desapareciera de mi mente mientras ella estuviese conmigo.

—Vamos al *Vengador* —dije.

CAPÍTULO IV

Estábamos descubriéndonos y tuvo que reconocer que Loretta me había devuelto el ansia de conquista, el fascinante universo de la seducción.

Sin embargo, algo de aquella atmósfera preciosa que habíamos construido a lo largo del día pareció quebrarse cuando subimos a su coche.

—¿Qué te ocurre? —pregunté.

—No lo sé, no estoy muy segura.

Miraba hacia afuera, a la tormentosa oscuridad como si hubiese una legión de espectros dispuestos a devorarle el alma.

Permanecimos en silencio hasta que enfiló hacia el puerto y entonces apreté su brazo, la besé suavemente en la mejilla y dije:

—Déjame en el extremo del muelle. Iré andando hasta el *Vengador*.

No replicó, pero supe que me agradecía la sugerencia.

—Sabes cómo me siento —aseguró cuando descendí del MG.

—Soy un tipo sagaz —repliqué—. Aunque no siempre me enorgullezco de ello.

—Hasta mañana, Jackson.

—Hará buen tiempo y nos largaremos de este maldito mundo terrestre.

Permaneció durante un rato sin moverse, mientras yo me alejaba. No me volví porque si ella hacía una sola señal me arrojaría en sus brazos, y por alguna razón que no comprendía muy bien tenía la certeza de que no era el momento indicado.

El alma humana suele ser así de complicada.

* * *

Me despertó el aroma del café. Me levanté y asomé mi rostro adormilado en la cocina. Allí estaba ella, vestida con un minúsculo bikini, radiante y hacendosa.

—¿Cómo me veo por la mañana? —pregunté.

—No pareces un marido —rio ella.

—Y no lo soy.

Entré en la cocina y la besé en la mejilla. Me sentía tan bien que era capaz de bailar la danza del vientre suspendido del palo mayor.

Era el mejor café que había tomado en mucho tiempo.

Sus cosas estaban ordenadas en el camarote de popa y una gran caja con una cruz roja de sus inquietudes profesionales.

—¿Qué llevas ahí?

—De todo un poco más material quirúrgico. Nunca se sabe.

—No —asentí—. Nunca se sabe.

Mark nos despidió en el muelle a media mañana. Creí percibir una cierta sonrisa cariñosa en su rostro impenetrable. Todavía continuaba allí cuando el *Vengador* atravesó la rompiente y giró más allá de los límites de Álamo, perdiéndose de vista.

—No sé cómo terminará todo esto —dijo Loretta—. Pero quiero que sepas que me siento feliz, muy feliz.

—Todos los grumetes adoran a su capitán —bromeé.

El Pacífico parecía, una plataforma de una fuerte tonalidad azul que iba destiñéndose con los efectos del sol poniente a medida que avanzaba el día.

Loretta era un buen marinero. No había navegado demasiado, ni tampoco en un tipo de yate como el *Vengador,* pero no le llevó demasiado tiempo hacer perfectamente las tareas que yo había estipulado.

Al promediar la tarde de aquel primer día de navegación comprendimos que casi no habíamos intercambiado más que unas pocas palabras.

—Vamos a tomar una copa —dije—. El piloto automático se ocupará de nuestro amigo durante algún tiempo. Todo está en orden.

Un velero siempre produce la impresión de que perderá el rumbo y se hará trizas cuando se abandonan las velas y se ponen en funcionamiento los motores bajo la vigilancia impecable del piloto automático.

—Mira mis manos de cirujana —dijo.

Eran manos delgadas, firmes y nerviosas. Y ahora la piel de las palmas revelaba la inflamación de los próximos callos.

—Te estás haciendo hombre —reí.

—No será buen negocio para ti si estás en lo cierto, corsario.

Y desapareció en la cocina.

Preparé las copas y encendí el aparato de radio.

La sentí mientras se duchaba y cuando por fin apareció en la pequeña cocina comedor llevaba un mono blanco y alpargatas. El cabello negro y el rostro moreno contra la tela blanquísima le conferían un aspecto irreal, de una majestuosa sensualidad.

Le entregué su whisky.

—Salud —dije.

—Por nosotros, los últimos solitarios.

Sus palabras me conmovieron, pero entonces no pude adivinar la razón exacta.

—¿Qué quieres comer?

—Tú mandas, chiquilla.

Me senté con un cigarrillo en los labios mientras ella iba de uno a otro lado de la cocina preparando los platos. Por último decidí limpiar las armas. Soy un gran aficionado a las armas desde que regresé de Vietnam y, como decía mi sargento, el *Negro* Philliboy, un arma sucia es un enemigo más.

Repasé las carabinas y la ametralladora de pie y luego me dediqué a las pistolas y al par de Magnum. Estaban brillantes, de modo que sólo tuve que verificar si se hallaban suficientemente engrasados. El agua de mar es fatal para el mecanismo de las armas de precisión.

Un olorcillo delicioso me llegaba desde la cocinilla, separada del comedor por un biombo de mimbre. No teníamos nada tan espectacular en la nevera como para que despidiera aquel aroma.

Loretta entró con la cazuela.

—Pato a las hierbas —declaró.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunté entusiasmado.

—De mi cinturón de utilidades, igual que Batman.

Aquel plato resultó fantástico y lo acompañamos con una botella de buen vino tinto de California.

Charlamos de naderías. Yo sentía que la presencia de la muchacha era como una erupción en toda la piel. Sin embargo, era tan especial todo lo que sentía que no deseaba apresurarlo.

—Tu camarote es el de popa —indiqué.

—De acuerdo —asintió ella con una mirada que taladró mis ventrículos.

La radio, que hasta entonces había estado acompañándonos con viejas melodías francesas, interrumpió su emisión y tras un zumbido una voz metálica y dura dijo:

—«Noticiario especial: la Cumbre por la Paz se ha declarado impotente para resolver la desesperante tensión que afecta las relaciones entre los dos bloques. El Consejo de Europa ha calificado este fracaso de "emergencia mundial" y ha hecho un último y patético llamamiento para que una última guerra que sería definitiva para las cuatro quintas partes de los habitantes de este planeta, no estalle en los próximos días... o en las próximas horas.»

—¡Cristo Santo! —exclamó Loretta.

—Es lo que yo decía, cariño; no tenemos tiempo.

Se puso de pie al mismo tiempo en que lo hacía yo y rodeamos la pequeña mesa para abrazarnos.

Busqué sus labios ansiosos y nos hundimos juntos y felices en aquel naufragio que parecía inevitable.

Cuando la alcé en mis brazos y a duras penas llegué a mi camarote sus ojos brillaban llenos de lágrimas.

—Al menos sabremos qué él es amor —gimió y yo bebí sus lágrimas.

Su piel desnuda era toda la geografía que yo había buscado, el continente ignorado que existía en alguna parte y que persiguiera durante años.

Sólo había un modo de hacérselo comprender.

—Te amo —dije junto a su oído y entré en su paisaje como un duende definitivo, hasta el último reducto.

—Repítelo, Jackson, amor, por favor..., repítelo...

—Te amo —dije.

* * *

Durante las diez semanas siguientes navegamos casi exactamente sobre el Trópico de Cáncer.

Una calma feliz parecía dominar el océano, y el viento resultaba aceptable para una velocidad de ocho o nueve nudos de promedio que por la noche podía aumentar a los doce o trece.

Éramos los únicos habitantes de ese planeta encendido y

particular que inventa el amor entre dos personas.

Y estábamos absolutamente solos en medio del Pacífico.

Los días y las noches eran una sucesión de caricias y palabras, de encuentros continuos y halagos permanentes. Dos chiquillos maduros jugando a recuperar el tiempo perdido.

Un pacto tácito nos obligaba a evitar el aparato de radio si lo peor ocurría no queríamos aguardar tiritando. Viviríamos nuestro recién nacido amor como si fuese el principio de la humanidad y no su último suspiro.

—¿Dónde estamos? —preguntó Loretta aquella noche, luego de cenar.

Yo estaba inclinado sobre las cartas de navegación y buscaba un sitio en el océano inmenso. Ese sitio no existía, no existía ningún sitio en el que tarde o temprano no nos alcanzaran los efectos de una hecatombe nuclear.

—¿Dónde estamos?

—En el pliegue de las Fanning, poco más o menos.

—¿Sabes adónde vamos?

—Al centro del mismo océano, Pacífico.

Me besó en los labios. No tuve nada más que agregar y anduvimos estrechamente abrazados hasta mi camarote.

Eran las diez de la noche.

* * *

Me despertó un extraño silbido y salté de la cucheta.

—¿Qué ocurre?

—El viento, ha cambiado el viento —dije, vistiéndome de prisa.

La noche era increíble. Miré mi reloj de pulsera: la una de la madrugada.

—Jamás he visto nada igual —dijo Loretta, cogiéndose a mi brazo.

Un cielo diferente cubría el mar. Era de un color violáceo como si estuviera amaneciendo en un sitio brumoso y denso. El centro de la bóveda parecía encendida hasta alcanzar un tinte amarillento rojizo y a partir de aquel nódulo el cielo violeta iba difuminándose hacia el horizonte invisible del este para unirse al océano con la misma

coloración rojiza del cénit.

Un viento caluroso y extraño soplaba desde estribor y sacudía la superficie de las olas, las velas arriadas y las juntas del *Vengador*.

—Tengo miedo —dijo Loretta, pero en su voz no había desesperación.

—¿Qué crees? —pregunté para hacerla pensar en otra cosa que en el animal creciente de terror.

—Creo que es la guerra.

—¿Dónde?

—¿Cómo quieres que lo sepa? En todas partes.

Siempre había tenido la fantasía de que una guerra sólo afectaría a una parte del planeta. Era imposible de imaginar un holocausto final tras tantos siglos de sufrimientos y desarrollo. Pero sabía que mi fantasía era utópica. El hombre había conseguido los medios para convertirse en polvo cósmico, y junto con esos medios su ambición de poder había resuelto la cuestión de su cordura. Si existen las armas no son para preservar la paz. Son para hacer la guerra. Todo lo demás sólo son palabras absurdas en boca de los políticos, esa raza de ególatras.

Sentí un cansancio profundo y, a la vez, un cierto alivio. Hacía años que esperaba el final y ahora que había llegado, o que suponía que había llegado, mi espera había concluido.

—Es triste —dijo Loretta.

—Todavía estamos vivos y en la primera fila de platea, cariño —murmuré a su oído con una alegría que no sentía en absoluto.

Un trueno susurrante y delicado se aproximó desde muy lejos y su sonido espantoso amenazó con reventarnos los tímpanos. El cielo se aclaró momentáneamente y pude ver una sombra distinta a lo lejos.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Loretta y sentí sus uñas en mi brazo desnudo.

—¡Rápido, ve por los chalecos salvavidas y los cabos de amarre!

—¡En seguida!

Un segundo resplandor me permitió identificar la sombra. Era una ola monstruosa, altísima y avanzaba con la implacable lentitud de un superpetrolero que va camino de aplastar a una barca de pesca.

Cogí el timón del *Vengador* y puse proa a la masa de agua que ya era como un paredón más negro contra el cielo multicolor.

Loretta apareció a mi lado, fascinada por la belleza y el horror del espectáculo.

Nos pusimos los chalecos salvavidas y nos amarramos. El viento aumentó su velocidad y una serie de nubes negrísimas y veloces invadieron desde el noroeste el escenario espectral.

—¿Saldremos de ésta? —preguntó Loretta con una serenidad que me heló la sangre.

—Desde luego. Ayúdame con el timón. Tenemos que trepar por la ladera y evitar volcar. Tenemos una posibilidad.

Me miró desafiante y me besó con fuerza en los labios.

La muralla estaba a unos mil metros y su rugido era más espeluznante que su presencia. En la base y la cumbre de la inmensa ola, de más de treinta o cuarenta metros, una lluvia de espuma y remolinos se desplazaba como un enjambre de gusanos blancos sobre un cuerpo putrefacto.

El *Vengador* parecía una pequeña llama intrépida y titilante bajo el diluvio universal.

Cogí a Loretta por la cintura y la puse delante de mí, pasé mis brazos alrededor de su cuerpo y así la rueda del timón con fuerza.

Incluso entonces, en ese momento brutal, pude experimentar la respuesta de mi sangre al contacto de su cuerpo tibio y estremecido.

—Te amo —dije, y nunca más cierto que entonces.

—Atravesaremos la ola —dijo fríamente—. No ha llegado nuestro turno todavía.

—¡Coge la rueda!

Ya la teníamos encima.

El *Vengador* hundió su hocico en la muralla trepidante y ya no pudimos comprender nada más. La avalancha helada nos envolvió y mi barco crujió como una astilla presa de las llamas. El agua rompió los cristales reforzados de la cabina y nos empujó hacia atrás con la fuerza de un ariete. Pero estábamos atados y a menos que el timón fuese desguazado tendría que partirnos en dos para arrojarnos de allí.

Toneladas de agua salada y vociferante barrieron la cubierta del *Vengador*. Yo bajé el rostro, procurando respirar en medio del torbellino. Sentía a Loretta convulsionarse en mis brazos y durante un terrorífico momento pensé que estábamos debajo del mar, a varias decenas de metros de profundidad, impulsados por el

maremoto hacia el infinito abismo negro del Pacífico submarino.

Creo que abrí la boca para gritar y entonces descubrí que podía respirar. Abrí los ojos enceguecidos y vi la cúpula violeta de ese cielo de opereta que nos había fascinado poco antes.

Una lluvia torrencial y pesada caía a baldazos sobre el mar y el viento silbaba brutalmente, pero el maremoto había pasado y la turbulencia quedaba muy lejos ya, a popa, perdiéndose en busca de la costa.

—¿Loretta?

—¿Estamos vivos?

—Eso creo.

Levantó el rostro y miró en derredor.

—No ha terminado —dije, procurando que no se relajara.

—Es sólo una tormenta.

—No, no lo es. El barómetro no puede continuar bajando. Mira hacia el noroeste.

Nunca había visto una tromba marina y tampoco sabía a ciencia cierta si lo que veía era efectivamente una tromba. Sólo sabía que, de haber podido elegir, hubiese optado por el maremoto.

—Sostén el timón.

—¿Qué haces?

—Voy a asegurar las escotillas.

Salí de la cabina y comprobé los desastres que el maremoto había hecho en mi compañero de tantas navegaciones. Eran importantes, pero no irreparables. El *Vengador* había resistido.

Aseguré rápidamente las escotillas mediante un simple sistema de palancas y regresé a la cabina. Cerré todos los postigones que pude sin que la visual frontal desapareciera y volví a amarrarme.

Aquella tromba espiralada estaba demasiado cerca.

Y de golpe estuvo encima de nosotros.

Todo lo que recuerdo fue el súbito choque frontal como si nos hubiésemos estrellado contra un atolón de corales y entonces todo se dio la vuelta y me encontré girando en el centro de una peonza.

Escuché los gritos de Loretta y en un momento, justo antes de perder el conocimiento, divisé a no más de quinientos metros la masa azulina de una isla.

Recuerdo haber pensado que si íbamos en esa dirección nada podría salvarnos.

CAPÍTULO V

Cuando recuperé la consciencia me encontraba suspendido de los músculos abdominales por una serie de anzuelos al rojo vivo. No sé cuánto tiempo transcurrió desde entonces. Sólo sé que cada tanto sentía algo húmedo en mis labios y luego otra vez el abismo doloroso y encendido me tragaba como a su bocado predilecto.

No tenía más constancia de mi cuerpo que la que me indicaban los dolores punzantes.

Y durante todo el tiempo pensaba en Loretta, soñaba con ella en un mundo de pesadillas y fantasías, como si mi espíritu colgara sobre una ciudad de juguete, herido pero todavía optimista.

Un día sentí que abría los párpados y tras alguna vacilación descubrí algunas sombras a mi alrededor, pero el esfuerzo me agotó y volví a mi acostumbrado paisaje de sueños y dolores.

La segunda vez que lo intenté me pareció hallarme en un desván, rodeado por luces titilantes. La tercera vez tuve más éxito y conseguí enfocar mis inflamadas pupilas en una figura que se movía a pocos pasos.

Creo que entonces abrí los labios, pero el dolor atenazó los músculos de mi rostro y me desmayé. Finalmente… desperté.

Fue como volver a los lugares infantiles, con lágrimas en los ojos.

Allí estaba Loretta, observándome con su expresión magnífica.

—¿Loretta?

—¡Gracias a Dios! —dijo y comenzó a sollozar sin quitar sus ojos de mí.

Me dormí pensando que todo estaba bien.

* * *

—Buenos días, haragán.

La voz barrió con el sueño como un huracán voraz.

—Loretta…, ¿qué…?

—Bebe y luego responderé a tus preguntas. Basta de dormir, ya estás recuperado.

—Recuperado…

—Sí, lo digo yo, corsario. Soy médico, ¿recuerdas? Me sostuvo la cabeza mientras bebía una taza de caldo.

Miré a mi alrededor. Hasta donde podía ver estábamos en una cueva, iluminados por algunas velas estratégicamente ubicadas.

—Nos hemos salvado.

—¿Cuánto tiempo hace que…? —pregunté intentando mover las piernas y los brazos. El dolor se ensañó y casi vuelvo a desmayarme.

—Tranquilízate, te lo contaré todo.

Permití que mis músculos volvieran a relajarse y me sentí mejor. Bebí todo el caldo y creo que incluso sonreí.

—Tienes las clavículas quebradas, el húmero derecho fracturado, cinco costillas rotas y la muñeca izquierda como si un tractor te la hubiese aprisionado. Por lo demás tu estado es impecable.

Leyó la pregunta en mi rostro.

—Hace cuarenta y cinco días que estamos aquí, es una especie de gruta natural. El temporal nos arrojó aquí y el *Vengador* bogó milagrosamente hasta detenerse en una especie de lago interior. Después la entrada se desmoronó. Yo perdí el conocimiento y lo recuperé cuando creí que íbamos a estrellarnos contra la costa acantilada, pero no fue así. En el último momento, surgió la boca de la gruta. Volví a desmayarme y cuando me recuperé creí que era el final. La boca de la gruta se cerró. Tú me salvaste. Soportaste todos los golpes y las presiones del desastre. Tus huesos resistieron una tromba marina.

—¿Es un halago? —pregunté, procurando sonreír.

—Has estado tres semanas en estado de coma. Pensé que era el final, que tu cerebro había sufrido algún daño inverificable sin los instrumentos adecuados. Felizmente no es así. Eres un fuerte bucanero.

—¿Cuarenta y cinco días? —repetí, incrédulo.

—Y sus respectivas noches —rio ella y de pronto, como si fuese una maratonista de larga distancia que acaba de pisar la meta cuando su resistencia llegaba a un punto cero, rompió a llorar desconsoladamente.

Acaricié su cabello y lloré también, lloré como hacía años que no lo hacía. Y luego me sentí bien y pude consolarla.

—Eres la mujer más fuerte que he conocido.

—¿Qué habrá ocurrido afuera? —preguntó y comprendí que durante todas esas semanas que había pasado a mi lado vigilando mi vida o mi muerte, su cabeza había rondado por los sitios más remotos y hostiles.

—Lo descubriremos en cuanto me reponga.

* * *

Durante las siguientes cuatro semanas, nuestro universo se redujo a los límites de aquella enorme gruta natural en las entrañas de alguna isla del centro del Pacífico. No podría decir cuál porque ignoraba hacia dónde y por cuánto tiempo nos había arrastrado la tromba, aunque tal vez fuese la isla que había divisado un momento antes de perder el conocimiento.

Volví a aprender a caminar y lentamente recuperé el tono muscular.

El *Vengador* podría repararse, sólo que aunque lo hiciera, no tenía la menor idea de cómo lo sacaríamos de allí, y lo que era peor, tampoco sabía si podríamos salir nosotros.

Empleábamos velas durante el tiempo imprescindible para realizar las tareas que no podíamos emprender a oscuras. Nos estábamos convirtiendo en una especie de topos humanos, obligados por las circunstancias.

Todo el sonido que nos llegaba de afuera era el de las olas rompiendo contra la sellada entrada de la cueva y a veces, el aullido del viento.

Cuando cumplimos tres meses de encierro, ya me sentía lo suficientemente fuerte como para emprender algún tipo de expedición que nos permitiera comprender cuál era nuestra verdadera situación.

El lago natural en el que se balanceaba el *Vengador* no tenía más de cincuenta metros en su parte más ancha y era un óvalo que apuntaba a la salida sellada.

Las reservas alimenticias se habían ido agotando poco a poco. Afortunadamente había una especie de vertiente de agua dulce en aquella exótica gruta.

Y podíamos pescar, por lo que supuse que había alguna

comunicación con el océano abierto. Una comunicación submarina.

Al principio Loretta había tenido reparos en cocinar aquellos peces que podrían estar contaminados con radiaciones atómicas, radiactivas. Teníamos el presentimiento de que éramos los únicos supervivientes. Luego decidió que si los peces estaban contaminados nosotros también lo estaríamos desde mucho tiempo atrás.

Decidió liberarse de tantas precauciones.

* * *

Exploramos la cueva palmo a palmo y no encontramos ninguna salida. La única alternativa era hallar la entrada utilizada por los peces y rogar que fuera suficientemente grande y poco profunda como para dejarnos pasar.

Durante tres días buscamos aquel pasadizo sin resultados. El cuarto día decidí emplear mi equipo de buceo. Tuve que recargar los tanques dos veces antes de encontrar la grieta. Dudé un momento entre regresar y anunciar mi hallazgo a Loretta,

Me introduje en la grieta y nadé lentamente procurando que las filosas aristas de las paredes no dañaran mis tubos de oxígeno. Era un pasillo formado por grandes rocas desprendidas de los acantilados como producto del alud que sellara la entrada natural de la caverna. No debía tener más de quince o veinte metros, pero nadé lentamente, acostumbrándome al resplandor del sol en el otro extremo.

Una alegría infinita se apoderó de mí cuando salí de la grieta y me impulsé hacia la superficie: No se hallaba a más de cinco o seis metros y a medida que me aproximaba la alegría se convirtió en una desesperante aprensión.

Estaba seguro de que el mundo exterior no sería el mismo.

Asomé la cabeza entre las olas apacibles y vi una muralla de granito a un lado y el océano inmenso del otro. No sabía qué tiempo me demandaría hallar una playa de modo que opté por regresar a la caverna y comunicar mi buena nueva a Loretta.

Me sumergí hasta la entrada del pasillo submarino y nadé en sentido inverso. Esta vez no podía guiarme por la luz en el extremo y avanzaba más despacio. Controlaba las aristas rocosas con mi mano derecha, el brazo estirado y en posición defensiva, cuando mis dedos

tocaron algo blando. Retiré la mano rápidamente, pero no lo suficiente. Un tentáculo se enrolló en mi antebrazo y me atrajo hacia adelante.

Busqué el cuchillo que llevaba en la funda junto a mi pierna derecha procurando no desesperarme. Hubiese sido un movimiento rápido si no tuviese atrapado el brazo derecho. Aparté de mi cerebro la imagen de un monstruo de fauces sangrientas y conseguí asir el puñal y lanzar varias cuchilladas ciegas. Sentí la hoja hundirse una y otra vez en una masa pulposa y tierna y casi adiviné el color del agua tiñéndose de rojo.

La presión del tentáculo se acentuó durante algunos momentos y creí que aquella bestia iba a reventarme el brazo, pero entonces comenzó a ceder y pude empujar el cuerpo inerte con excesiva facilidad en dirección a la gruta.

Estaba quedándome sin oxígeno.

Cuando salí a la superficie, Loretta estaba a mi lado, flotando con sus antiparras y una expresión descompuesta.

Se había introducido en la grieta y tirado del cuerpo exánime de un enorme pulpo negro.

La ayudé a salir y le quité las antiparras.

—Temí que te hubiese pasado algo y me zambullí sin pensarlo dos veces. Encontré la boca de la grieta y… ese horrible… animal que…

—Tranquilízate, ya está bien. Salí afuera.

—¿Afuera?

—Sí, podremos salir. Hoy mismo si lo deseas, todavía tenemos tiempo. Llevaremos la balsa hinchable del *Vengador* porque hemos de buscar un sitio por donde llegar a tierra. Estamos enterrados debajo de unos inmensos acantilados.

—Déjame reponer energías —dijo sonriendo.

Era una muchacha increíble y durante algunos momentos, viéndola allí, semidesnuda, bellísima y angustiada, tuve la certeza de que era todo lo que tenía en el mundo, fuera lo que fuese el mundo después de la hecatombe.

Una hora más tarde estábamos sobre el bote hinchable, remando hacia el extremo más occidental del acantilado, buscando una playa.

Una enorme masa rocosa penetraba en el mar creando una especie de minúsculo abismo peninsular y remamos hasta alcanzar

olas que pretendían arrojarnos contra las rocas.

—¡Detente!

Su alarido me erizó el cabello. Clavé el remo como si con ello pudiera detener el bote de inmediato.

Todo lo que se me ocurrió al mirar por primera vez aquel escenario irreal fue que la ciudad, cualesquiera que fuese, estaba sumergiéndose en el mar.

Los edificios, sucios y ruinosos, cubiertos por plantas enredaderas o desnudos y ennegrecidos conformaban un plano inclinado que desaparecía entre las olas. Era como si un gigante hubiese podido alzar el extremo de la ciudad y hacerla deslizar dentro del océano para interrumpir su tarea cuando todavía no la había acabado.

Entre dos hileras de edificios inclinados una amplia avenida destrozada se había convertido en una rampa que también se sumergía gradualmente.

Y allí, en aquella porción de avenida, a menos de cien metros de donde nos hallábamos, estupefactos de horror, un grupo de seres envueltos en paños de colores apagados observaba una pira ardiente sobre la cual habían quemado a tres personas absolutamente irreconocibles.

Un silencio sepulcral hacía más aterradora la escena.

Loretta se volvió hacia mí en busca de una respuesta. Aspiré una bocanada de aire y sentí el olor de la carne quemada arrastrado por una brisa tenue.

Experimenté la náusea como si fuese el modo orgánico de exorcizar aquel espectáculo demoníaco que se desarrollaba allí, frente a nuestro bote detenido, como una coreografía surrealista.

—No entiendo... —murmuró Loretta.

Yo había asido mi viejo M-16 y lo apretaba contra mi pecho.

En el cielo, absolutamente azul y límpido, el sol comenzaba a desaparecer justo en la línea del horizonte.

—Mañana haremos un reconocimiento —dije, y dejé el fusil para coger los remos y hacer girar el bote.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra mientras ocultábamos el bote y envolvíamos las armas en una bolsa impermeable.

Nos sumergimos con la sensación de que ya no pertenecíamos al mundo que habíamos dejado en Álamo, más de seis meses atrás.

CAPÍTULO VI

La ciudad no era demasiado grande y sus edificios derruidos no superaban las dos o tres plantas. Era una construcción típicamente insular y a simple vista parecía desierta.

Habíamos dejado el bote oculto y dispuesto para una rápida retirada. El calor era agobiante aunque el sol despuntaba en el horizonte opuesto, detrás de la isla. Vestíamos unos pantaloncitos confeccionados rápidamente mediante el sencillo sistema de cortar un par de viejos téjanos. Sandalias y camisas amplias, una pistola en el cinturón y sendos fusiles completaban nuestro equipo de exploración. En mi pantorrilla, asegurada con dos cintas elásticas, la vaina y el cuchillo de submarinismo constituía una reserva para el caso de que nos encontráramos mezclados en una lucha cuerpo a cuerpo.

Loretta iba pegada a mí con una expresión decidida.

Nos asomamos a la ciudad desde un montículo de grandes rocas y no descubrimos ninguna presencia.

—¿Qué hacemos?

—Ir en su busca —dije y eché a andar hacia la avenida donde se había llevado a cabo el sacrificio humano, o lo que diablos fuese aquello.

Atravesamos varias callejas hasta llegar a la avenida. Todo era soledad y quietud. Parecía una antigua ciudad fagocitada por la selva y a la que hubiésemos llegado tras una larga expedición arqueológica. Sólo que no era así.

La avenida tenía una pendiente de aproximadamente treinta grados y el asfalto aparecía agrietado y hundido. Una cantidad de plantas saprofitas crecía en los árboles y se diseminaba por aquellas grietas como una implacable invasión vegetal.

Yo pensaba lo mismo.

—¿Cómo puede haber avanzado tanto el bosque en sólo cuatro meses? —preguntó en voz alta.

—Tal vez la radiactividad haya producido algún tipo de aceleración en el crecimiento de las plantas —dije sin demasiado convencimiento.

Desembocamos en la avenida y vimos la pira quemada. Los esqueletos de tres seres humanos permanecían sujetos a sus estacas mediante unos grilletes. Era macabro.

Estábamos a unos treinta metros del sitio del sacrificio, semiocultos por una gran estatua despedazada de algún viejo héroe ecuestre cuando intuimos una presencia extraña.

Nos agazapamos.

Un chiquillo, no tendría más de once o doce años, semidesnudo, con un largo cabello oscuro y enmarañado, salió de un hueco en uno de los edificios que se precipitaban al mar y corrió hacia los sacrificados.

Se detuvo y miró a todos lados como si temiera una presencia mortal, luego continuó su marcha y estiró un brazo para tocar los huesos de uno de los esqueletos.

De pronto se volvió hacia el sitio opuesto al que ocupábamos nosotros y pareció petrificarse.

Cuatro seres envueltos en una especie de túnica o chilabas de colores apagados salieron de uno de los portales a la carrera como si estuviesen enloquecidos, dando gritos y aullidos y se dirigieron al muchacho que no atinaba a moverse.

Ya los tenía encima cuando consiguió reaccionar y echó a correr hacia donde nosotros estábamos ocultos. Los cuatro perseguidores sin dejar de aullar y corriendo con movimientos rabiosos se precipitaron hacia él.

Loretta levantó su fusil y disparó al primer perseguidor. No pretendía herirlo, pero la bala dio en su rostro y cayó aullando.

Los otros tres no se inmutaron y continuaron acercándose al niño y a nosotros. Me llevé el fusil a la cara y disparé casi sin pensar, a la altura del pecho, dos ráfagas cortas y precisas.

Cayeron al suelo con los pechos destrozados y quedaron inmóviles.

El niño tropezó y llegó rodando hasta nosotros.

Loretta lo cogió por los hombros y lo ayudó a ponerse de pie. El niño nos miró como si fuésemos fantasmas y rompió a llorar.

—Tranquilízate —dije, acariciando su cabello.

Loretta lo abrazó y yo me separé de ellos para acercarme a los cuerpos exánimes y envueltos por aquel atavío insólito.

El calor resultaba sofocante y sin embargo, tanto la noche

anterior como esta mañana, todos los seres que habíamos visto vestían con aquellas harapientas túnicas grises o negras, encapuchadas y tétricas.

Me incliné junto al primero de ellos y le di la vuelta. Su rostro estaba cubierto por un paño. Le quité la capucha y di un salto atrás, caí de espaldas y sólo atiné a inclinarme para vomitar espasmódicamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Loretta corriendo hacia mí y abandonando al niño.

—¡No te acerques! —la previne—. ¡No mires!

Me sostuvo la cabeza mientras procuraba controlar el vómito ácido y doloroso.

—Sea lo que sea tengo que verlo —dijo con firmeza.

La cogí de la mano.

—Es... espantoso —dije.

—Ven —insistió.

Regresé junto al hombre caído, porque era un hombre, o, al menos, alguna vez lo había sido.

Loretta se llevó una mano a la boca y soportó mejor que yo la impresión. Luego se agachó y descubrió todo el cuerpo, quitándole aquella túnica patética.

Alzó su rostro maravilloso y observé el dolor que tensaba sus músculos y vaciaba su mirada luminosa.

Era un cuerpo acartonado, quemado, oscuro y delgado. Los miembros parecían conformados por una membrana marrón surcada por venas brillantes y voluminosas sobre sus huesos sumamente delgados. Los dedos eran prácticamente pequeños racimos de muñones y el torso presentaba unas horribles úlceras cicatrizadas y blanquecinas. El rostro era lo peor.

Los ojos eran globos enrojecidos bajo unos párpados quemados. No tenía labios y la nariz era un apéndice cartilaginoso con dos oquedades abiertas en el sitio correspondiente a las aletas.

Carecía de cabello y el cuero cabelludo, el cráneo, era una masa floja, desprovista de hueso en algunos sitios y casi transparente en otros, como si aquellos cuerpos estuviesen desintegrándose lenta pero inexorablemente.

El niño se acercó con sigilo. Se detuvo junto al ser mutilado y lo pateó con fuerza en un costado. Luego escupió sobre él.

—¡Quieto! —dijo Loretta.

El niño la miró sin comprender. Era moreno, de ojos oscuros y cuerpo musculoso y delgado. Su expresión era de odio. Un odio feroz.

—¿Hablas inglés? —pregunté.

—Sí —dijo mordiendo las letras.

—¿Qué ocurre aquí?

—Ellos son fieras —dijo el niño—. No tienen alma.

—¿No tienen alma? —repetí, mirando a Loretta.

—No —dijo el niño—. No tienen alma. Son animales asesinos. Sólo falto yo ahora.

—¿Quiénes son los que están allí? —pregunté, señalando los esqueletos quemados y encadenados en el centro de la avenida.

El niño siguió la dirección de mi brazo y ahogó un sollozo.

—Mi padre, mi madre y el señor Cassidy —dijo.

—¿Por qué lo hicieron? —dijo Loretta cogiéndolo por el cuello y acariciándolo con ternura.

—Porque somos seres con alma —dijo el niño con convicción.

—¿Qué quieres decir con esto? ¿Por qué ellos no tienen alma? —insistí.

—La bomba, la bomba les quemó el cuerpo y les quemó el alma. Son salvajes y…

Rompió a llorar.

—¿Estás solo ahora? ¿Dices que eres el último…?

—Sí, ya no queda nadie con alma en la isla. Hace mucho tiempo que los exterminaron. Sólo quedábamos mis padres, el señor Cassidy y yo. Ahora…

—Tranquilízate, nosotros nos ocuparemos de ti.

El niño movió la cabeza de un lado a otro, con una trágica resignación.

—Nadie puede escapar de ellos. Tarde o temprano nos hallarán y entonces…

Miró la pira quemada y hundió luego el rostro en el pecho de Loretta.

Ella me hizo un gesto y yo alcé al niño en mis brazos.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Gerard.

—Bien, Gerard; confía en nosotros.

—Es inútil —dijo Gerard—. No podemos salir de esta isla y ellos son muchos. Están por todas partes.

—¿Dónde vives tú, Gerard? —intervino Loretta.

El niño miró hacia el sitio de donde habían salido los cuatro seres mutilados.

—Estábamos en la bodega de nuestra casa cuando supimos lo de la bomba. La tormenta nos pilló allí y nos salvamos.

La guerra había sido reducida a «la bomba» en la aterrorizada inventiva de Gerard. Imaginé que se habían encerrado en la bodega de la casa para tratar de protegerse de las consecuencias de la hecatombe y que el maremoto fue en realidad el que los aisló de las radiaciones, o tal vez no, tal vez se salvaran por cualquier capricho inimaginable.

—¿Qué ocurrió luego?

—Cuando conseguimos salir de la bodega todo…, la isla… era distinta. Y después, al pasar algún tiempo comenzaron a aparecer. Animales de los bosques, quemados por la bomba, criminales…

—Está bien, déjalo ya, pequeño —dijo Loretta.

—Vámonos de aquí; hemos de explorar la isla.

—No; ellos nos cogerán.

—Gerard, nosotros te protegeremos. Hemos de pensar en el modo de salir de la isla.

—No hay barcos en la isla. Mi padre buscó durante meses algo seguro en lo que poder embarcarnos y ahora…

—Tenemos un barco —dije yo.

La expresión del niño cambió por completo. Una luz de esperanza brilló en el fondo de sus pupilas doloridas.

—¿Dónde? —quiso saber.

—En una cueva —dijo Loretta.

—¿Qué clase de cueva?

—Escucha, Gerard. Tenemos el barco, pero está atrapado en una cueva. Tenemos que pensar en el modo de sacarlo de allí.

La expresión de precaria alegría desapareció de su rostro. Volvía a ser el pequeño animalillo asustado y fatalista.

—Cree en mí, Gerard. Te sacaremos de aquí.

Un ruido nos hizo volvernos.

En el extremo de la avenida había aparecido un grupo de espectros enfundados en sus harapos oscuros y corría en silencio

hacia nosotros.

Gerard se zafó de los brazos de Loretta y corrió hasta el mar.

—¡Al mar! —gritó—. Nunca tocan el agua.

Lo alcancé, lo sujeté por un brazo y le obligué a correr en dirección al sitio donde habíamos dejado el bote hinchable.

Loretta cerraba la marcha atisbando por encima de su hombro.

Sentí que los cabellos de mi nuca se erizaban. Era una manada tétrica y silenciosa que corría enloquecida hacia nosotros y ganaba terreno rápidamente.

Sólo estaban a unos cuarenta metros cuando divisamos el bote tras unas rocas y entonces la manada comenzó a aullar.

Era sólo una imagen, pero el niño tenía razón, aquellos seres desesperados y embrutecidos, sanguinarios y crueles, carecían de alma.

Alcanzamos el bote y lo empujamos dentro del mar.

El grupo llegó hasta la orilla y comenzó a arrojarnos piedras y palos y a aullar desaforadamente.

El niño lloraba en silencio.

Loretta y yo, remando con rapidez, no podíamos dejar de observarlos.

Los perdimos de vista en el recodo del pequeño saliente rocoso y enfilamos hacia el acantilado.

La boca de la caverna, cubierta por enormes trozos de granito, señalaba el sitio bajo el que se abría la hendidura, el pasillo submarino que comunicaba con la gruta.

Dejamos el bote entre esas mismas piedras que sellaban la cueva y nos pusimos nuestros equipos de submarinistas.

Yo así la mano de Gerard y le expliqué cómo funcionaba la boquilla de oxígeno.

El niño tenía una inteligencia rápida, entrenada para soportar las situaciones más horripilantes y resolverlas con celeridad.

—No tengo miedo —dijo.

* * *

Ese día decidimos utilizar el equipo electrógeno del *Vengador* para iluminar la caverna. Gerard había pasado por suficientes

momentos dramáticos como para someterlo a la luz fantasmal de las candelas.

—¿Qué hacía tu padre? —pregunté cuando hubimos terminado de comer.

—Era el encargado de las minas —replicó el niño con tristeza.

—¿Las minas? —preguntó Loretta.

—¿Qué tipo de minas?

—Minas del otro extremo de la isla. Allí es donde viven *ellos.*

Miré a Loretta, me puse de pie y me paseé por la cubierta del *Vengador.*

—¿En qué piensas, amor?

—En lo que ha dicho el niño.

—No podemos ir allí —dijo el chico, adivinando lo que yo estaba maquinando.

—¿Por qué no?

—Nos cogerán y nos quemarán vivos. Somos normales y tenemos nuestra alma intacta.

—Ellos son seres mutilados por la guerra —dijo Loretta—. Antes eran como nosotros y, como tú dices, tenían alma. Eran capaces de sentir, de amar...

—Ya no. Son asesinos y no tienen ningún sentimiento. Sólo buscan acabar conmigo. Saben que soy el último y ahora que os han visto a vosotros...

—Si hay minas, entonces tal vez hallemos explosivos —dijo completando mi idea.

—¡Claro! —exclamó Loretta.

Me acerqué al niño y me arrodillé ante él. Cogí su rostro dolorido entre mis manos y le acaricié las mejillas.

—Escucha, pequeño. El barco, el *Vengador,* está atrapado dentro de la cueva. Ahí fuera hay muchas toneladas de roca que sellan la entrada. Si conseguimos hacernos con la cantidad suficiente de explosivos tal vez podamos liberar la entrada. El *Vengador* sólo necesita un par de metros de calado y entonces nos iremos de aquí. ¿No crees que vale la pena intentarlo?

—Tengo miedo.

—Es nuestra única posibilidad.

—¿Y si no hay explosivos? —preguntó.

Era una buena pregunta, pero no servía de nada en aquel

momento.

—No lo sabremos si no vamos allí a averiguarlo —dije con firmeza.

—No iré.

—¿Crees que podremos ir solos hasta allí? ¿Que podremos hallar el sitio?

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Os cogerán.

Se mordió el labio inferior. Luchaba contra la idea de ir al sitio donde había trabajado su padre y que ahora era la ciudad de los mutilados y por otra parte luchaba contra su temor porque comprendía que era nuestra única oportunidad de salir de la isla.

—De acuerdo; iremos los tres —aceptó.

Loretta lo abrazó con infinita ternura y le dio un sedante.

—Ahora debes descansar —dijo.

Gerard bebió el té con el sedante y se acostó en el camarote de popa.

—¿Vendrás un momento antes de que me duerma? —llamó desde el camarote.

Loretta me sonrió, se puso de pie y fue junto al pequeño superviviente.

Me serví un whisky solo. No bebía desde aquella noche, seis meses atrás, cuando nos enfrentamos al maremoto.

Procuré pensar en todo lo que estaba sucediendo y durante unos pocos segundos sonreí ante la amarga ironía que significaba yo, el escritor de novelas de viajes y aventuras, me encontrara en aquel sitio, sepultado en una isla perdida del Pacífico, rodeado de una raza de mutilados atómicos y planeando huir de aquella isla sin nombre propio hacia un horizonte que tampoco tenía nombre propio.

Todo había cambiado y seguramente viajaríamos de sorpresa en sorpresa. El espanto recorría mis huesos como una nueva condición de supervivencia.

Vacié el contenido de mi copa y volví a servirme.

Iba por la mitad del tercer whisky cuando Loretta apareció en la escalerilla que llevaba a los camarotes.

—Se ha dormido —anunció,

Estiré mi brazo hacia ella y la atraje.

—Todo ha sido demasiado brutal y horroroso, ¿no es así?

—Sí —dijo—. Pero estoy segura que hallaremos el modo de reunimos con los supervivientes. Tenemos que conseguir huir de esta isla.

—Lo conseguiremos —prometí, impulsado por el bienestar del alcohol.

Se sirvió una copa y me besó en los labios.

—Ven —dijo con dulzura—. Necesito que me abraces muy fuerte.

* * *

Nos tendimos en la arena tibia que recibía las pequeñas oscilaciones del lago interior y aspiramos el aire enrarecido de la caverna. Había miles de orificios por donde debía filtrarse, ocultos por los desprendimientos.

Acaricié el cuerpo abierto de Loretta y recibí en la yema de mis dedos la respuesta sincera de su piel. Aspiré su perfume de mujer y saboreé cada palmo de su enervante paisaje hasta que el deseo alcanzó la cúspide de la curva y entonces exploré como un hombre nuevo el sendero de su placer, entrando en ella, apoderándome de su aliento, recibiendo sus caricias, construyendo la inmensa ternura del amor.

Pensé durante un segundo, detenido en el filo del placer, que aquel acto amoroso cobraba una nueva vigencia a la luz del presente que nos correspondía vivir.

Éramos supervivientes y tal vez nos tocara dar a luz nuevos supervivientes.

La besé delicadamente en sus labios anhelantes y nos dejamos llevar por la pendiente.

CAPÍTULO VII

Llegamos a nado hasta el bote hinchable. Cada uno de nosotros portaba una bolsa impermeable con lo necesario para el viaje.

Según Gerard sólo nos costaría seis u ocho horas cruzar la isla, ascendiendo hacia el área montañosa donde estaban las minas.

Remamos hasta el lado opuesto del desfiladero y hallamos una garganta que conducía a una playa estrecha, sembrada de guijarros.

Los dejé en la playa con los bultos y remé mar adentro unos treinta metros. Allí anclé el bote cubierto de hojas y ramas. No quería que ninguno de aquellos seres horripilantes lo descubriera.

Imaginé que aquellos dos meses durante los que Gerard, sus padres y Cassidy habían estado huyendo de los mutilados tenían que haber constituido una pesadilla imborrable para el niño.

Decidimos no recordarle aquella etapa aunque había multitud de detalles que nos hubiese gustado aclarar con él.

Llevábamos armas suficientes y municiones de sobra. Agua dulce y algunos alimentos en conserva.

Loretta tenía el cabello muy largo y sus rizos caían casi hasta la cintura confiriéndole el aspecto de una atractiva y sensual mujer prehistórica.

Sonreí ante esta idea. Tal vez fuésemos prehistóricos, miembros de una comunidad naciente, la prehistoria del futuro.

Yo iba adelante; Gerard, un par de metros atrás, me indicaba el camino y Loretta cerraba la marcha.

Dimos un gran rodeo para evitar la ciudad, escalando altas lomas de piedras sueltas y matorrales achaparrados. Teníamos la ventaja de que ascendíamos y dejábamos atrás la ciudad con un buen campo de visibilidad entre nosotros y un eventual ataque.

No vimos un solo animal durante las primeras horas de marcha. La isla tenía la forma de un doble rombo y nosotros la cruzábamos en el sitio en que los dos rombos se unían. Desde la cúspide de la colina más alta descubrimos su morfología y la extraña conformación de su superficie, arrasada casi geométricamente por el aluvión radiactivo. Grandes fajas yermas junto a grandes fajas donde la vegetación parecía estallar espléndidamente y luego, otro sector

yermo, pedregoso y desierto.

Hicimos un alto para comer algo. Según Gerard sólo nos faltaba una hora de camino por un sendero que comenzaba a descender hacia un valle rodeado por un anillo boscoso.

Reemprendimos la marcha media hora más tarde. El sol luchaba por trepar hasta el cénit lo que indicaba que todavía no era el mediodía.

—Démonos prisa —dije—. No me gustaría que nos cogiera la noche en las minas o en pleno regreso.

El terreno ahora participaba de sectores cada vez más poblados de árboles y plantas junto con pequeños solares desérticos, como si la mente de algún indisciplinado paisajista hubiese diseñado un rompecabezas ilógico.

—Silencio —dijo Gerard avanzando hasta donde yo estaba y deteniéndose.

Lo miré con sorpresa. Yo no había oído nada irregular.

Nos agachamos tras unos matorrales y vimos pasar, a una decena de metros, provenientes de los árboles cada vez más profusos, a cinco o seis espectros vestidos de harapos portando garrotes a paso ligero.

—Van a la ciudad —dijo Gerard—. Nunca pasan la noche aquí.

—¿Por qué?

—Tienen miedo del mar; no sé por qué —replicó el niño.

Reanudamos la marcha y volvimos a detenernos en el límite del bosque.

—Pueden estar en cualquier sitio —dijo Gerard—. Son como fantasmas.

Casi pude oler el temor que lo sobrecogía.

Loretta pasó un brazo por su hombro y empuñó con fuerza el fusil que llevaba en su mano derecha.

—Debes tener valor —dijo con una sonrisa.

* * *

El muchacho se detuvo junto a una de esas murallas de piedra, perfectamente construida sin necesidad de argamasa y que en algunos sitios de Sudamérica se denominan pircas.

—No podemos seguir por el cerro —dijo—. Ahora debemos coger el camino, del otro lado de la pirca.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Loretta.

—Después del recodo —replicó Gerard.

El camino había sido destruido por los movimientos de tierra y era solamente una franja salpicada por trozos de grava, pozos profundos, grietas rellenas de tierra y matorrales por doquier.

Descendía en suave pendiente hacia el recodo.

—Iré a echar un vistazo —dije—. Quedaos aquí, ocultos.

Salté la pirca y, agachado, procurando cubrirme tras los matorrales, avancé hasta el recodo.

Llevaba el fusil dispuesto y sentía los músculos en tensión. Mi memoria me trajo al mismo recuerdo físico de aquella lejana y despreciable temporada en Vietnam, hacía ya veinte años. Podía sentir el olor de mi propio sudor bajo un sol que lo derretía todo.

Antes de coger el recodo busqué un sitio desde el cual poder observar el pequeño valle de las minas, como lo denominaba el niño.

Encontré un buen puesto de observación tras los restos de una caseta de generador, destruida parcialmente.

Alcé mi cabeza entre una serie de hierros retorcidos y una red de cables podridos para mirar por vez primera aquella especie de poblado del horror. Una serie de túneles subterráneos desembocaban en un valle gris y sucio que no tendría más de quinientos metros de largo por unos doscientos de ancho. Cuatro bocas de minas se abrían a mi derecha a distintos niveles y dos más a mi izquierda.

Los raíles que se hundían en las entrañas de la tierra habían sido destrozados por el movimiento telúrico y las vagonetas de extracción, volcadas por doquier, daban la impresión de lo que realmente significaba aquella escenografía: un poblado minero destrozado por la furia de la naturaleza; en este caso, la naturaleza destructiva del hombre.

Las casas de los antiguos obreros se encontraban al final del valle, ligeramente sobre elevadas y dispuestas en dos hileras a lo largo de una calle única. Con excepción de una o dos de ellas, todas las edificaciones se hallaban destruidas y el bosque avanzaba engulléndolas.

Imaginé que en un año más aquel valle sería tragado por la voluptuosidad del follaje.

Y rondando por aquel escenario deprimente, como espectros sin objetivo ni destino, los seres mutilados, envueltos en sus harapientos atavíos, deambulaban en silencio, chocando entre sí, cayendo y volviendo a ponerse de pie, hundiéndose en las profundidades de las minas para regresar a la luz del sol y pasarse como autómatas.

No me pareció que hubiese nadie por los alrededores y supuse que se guiarían por un sentimiento estrictamente furioso. El único fin que podía aunarlos instintivamente era la persecución y muerte de los normales, los seres con alma, como nos describía la imaginación de Gerard.

Había muchas preguntas que rondaban mi mente, y ninguna respuesta efectiva para ellas. ¿Acaso conservarían solamente ese componente diabólicamente humano que es el odio? ¿Un odio furioso y animal para con los que habían conseguido huir del destino patético que los había devorado?

No sentía violencia contra ellos y comprendí que en algún rincón de mi cerebro, en ese reducto donde parece vivir, sobrevivir, el conjunto de los viejos arquetipos, donde yacen a punto de emerger los instintos primarios del hombre, yo podía casi justificarlos.

Yo no había sido el responsable directo del holocausto, pero no me era muy extraña la posibilidad de llegar a odiar profundamente a aquel grupo de dementes del poder y la ambición que había convertido el planeta en lo que estaba observando en aquel momento.

No podía odiarlos ni sentir violencia contra ellos. Los mataría si era inevitable y tal vez fuese un acto de misericordia, pero no los eliminaría como si fuesen mis enemigos. Eran víctimas como yo, como Loretta, como Gerard y como todos los que hubiesen podido sobrevivir en el resto del mundo, sólo que nosotros habíamos tenido más suerte.

* * *

Miré al sol y decidí que tendríamos unas nueve horas de luz antes de que se sumergiera en el poniente.

Era imposible dar un rodeo para llegar hasta el sitio donde yo calculaba que podía hallar los explosivos. Se trataba de una serie de

casetas chatas y a prueba de fuego, construidas de hormigón armado y que se hallaban a mi izquierda, lejos de las viviendas de los trabajadores y de las bocas de las minas.

Eran tres casetas, semihundidas en la montaña y a suficiente distancia una de otra como para evitar que una eventual explosión de una de ellas afectara a las demás.

Los mutilados no parecían tener mayor interés por aquella zona; sin embargo, para llegar hasta los polvorines debíamos atravesar diagonalmente el valle y pasar entre ellos.

Sentí de pronto unos pasos a mi derecha y me agazapé.

Vi a dos de los encapuchados marchando encorvados y portando algunas frutas y legumbres en los pliegues de las túnicas hechas jirones.

Tal vez no supieran pescar, o tal vez no se les ocurriera, recordé que Gerard había dicho que temían al mar y supuse que ello podría deberse al hecho de que su destrucción debía haberse iniciado con el maremoto.

El hombre está a un paso de regresar a las épocas más oscuras de su pasado.

Estaban a unos cuantos metros de mí cuando tuve una idea. Era una idea repugnante, pero no tenía tiempo de detenerme en los aspectos morales de la cuestión.

Salí de mi escondite con el cuchillo en la mano derecha y el fusil en la izquierda, cogido del cañón.

Me acerqué todo lo que pude a ellos. Avanzaban como si caminar fuese un suplicio, pero yo les había visto furiosos y entonces podían correr como gatos monteses y atacar con la misma sanguinaria crueldad.

Levanté el fusil y asesté un terrible golpe al que tenía más próximo.

El otro se volvió, dejó caer lo que portaba y lanzó un chillido desgarrador.

Salté hacia él y hundí el cuchillo en su cuerpo oculto. Los dedos de aquel ser horripilante se cerraron alrededor de mi cuello y sus muñones se hundieron en mi carne. Si hubiese tenido uñas hubiese conseguido decapitarme.

Una segunda puñalada acabó con él.

Me apresuré a ocultarlos en el sitio desde donde había estado

observando el valle y les quité aquellas ropas sucias y destrozadas.

Estaba sepultándolos con piedras y trozos de madera cuando volví a experimentar una sensación de alarma.

Me volví.

Alguien se aproximaba sigilosamente entre los matorrales, por el camino derruido. Levanté mi fusil y apunté.

Mi dedo se crispó en el gatillo y pude contenerme a tiempo. Allí estaban Loretta y Gerard, con el gesto demudado.

Les hice una seña para que se acercaran con rapidez.

—Escuchamos el grito y… —comenzó Loretta, pero yo la interrumpí con un gesto.

—Todo está bien —dije.

Pero no era así.

El chillido había despertado la atención del poblado y todos parecían tensos y dispuestos a la cacería.

Durante más de media hora permanecimos ocultos, observándolos. Ellos, por su parte, miraban en todas direcciones aguardando una señal para lanzarse a un ataque rabioso.

Finalmente parecieron relajarse y continuaron su vagabundeo espectral. De vez en vez algunos se internaban en el bosque y regresaban luego portando raíces, frutas o hierbas comestibles.

—Si todavía hay explosivos deben estar allí —expliqué señalando las casetas—. Y el único modo de llegar hasta ellas es pasando por el valle.

—Estás loco —exclamó Loretta.

—Puede hacerse. Tengo un disfraz.

Cogí aquellas túnicas y con ellas comencé a cubrirme. Sentí una repugnancia absoluta, pero no podía dejarme vencer por ella.

Cuando acabé de vestirme el efecto de mi disfraz se reflejó en el rostro atemorizado de Gerard.

—No podrás llevar el fusil —dijo Loretta.

—No me hace falta. Tengo una pistola y el Magnum.

Gerard me observaba como si repentinamente se hubiese convertido en una de aquellas ánimas horripilantes.

Extrañamente, aquellos harapos no tenían ningún olor especial. De otro modo no hubiese podido soportarlos.

—Escucha, Loretta. Iré hasta allí y procuraré recoger los explosivos que necesitamos. Luego, procurando no hacer demasiada

alharaca, vendré hasta aquí y nos largaremos. ¿De acuerdo?

—Yo…, nosotros te cubriremos —dijo.

—Sé disparar —intervino Gerard—. Mi padre me enseñó cuando…

—Está bien. No te inquietes —dije, cortante, no deseaba que volviera a deprimirse.

Le entregué mi fusil. El retroceso podría dañarle el hombro, pero sentí que le daba seguridad sostenerlo entre sus manos. Era un niño de doce años, pero en seis meses había crecido hasta convertirse en un luchador de la especie más lúcida: un luchador por la supervivencia.

—No quiero que disparéis a menos que sea absolutamente imprescindible. Si me cogen tenéis que defenderme, pero no a costa de vuestras vidas. ¿Está claro?

Miré penetrantemente a Loretta.

—Sí —respondió.

—No te matarán en seguida —dijo Gerard—. Te encerrarán hasta el atardecer y luego te quemarán vivo en el mismo sitio donde acabaron con mis padres. Mi madre decía que era un ritual del demonio. Nunca acabaron con nadie con sus propias manos, siempre los quemaban.

—¿Por qué allí, en la ciudad, y no aquí? —preguntó Loretta.

—No lo sé. Tal vez porque en la ciudad era donde vivíamos los que teníamos alma después de la bomba.

Besé a Loretta y abracé al chico.

—¿Alguna pregunta? —dije.

Movieron la cabeza negativamente y yo salí del escondite.

No miré hacia atrás.

CAPÍTULO VIII

Descendí encorvado, procurando imitar el paso vencido taciturno de los mutilados.

Llevaba las manos dentro de los harapos y sostenía en ellas mis armas: el Colt 45 en la izquierda y el Magnum S&W del 38 en la derecha.

En mi espalda sentía clavada la mirada de Loretta.

Llegué hasta el valle y comencé a cruzarme con aquellos patéticos vagabundos atómicos. De vez en cuando me unía a algún grupo y daba algunos rodeos a su lado para no seguir una línea recta hacia mi objetivo. No sabía qué era lo que les llamaba la atención y me cuidaría mucho de asumir una conducta diferente a la de aquel poblado de moribundos.

No tardé mucho tiempo en avanzar hacia los polvorines. Nadie parecía percatarse de lo que ocurría a su alrededor. Supe entonces que aquel grupo de seres agónicos sólo extraía sus fuerzas del odio y que al primer signo de ira podían transformarse en gatos salvajes.

Recordé las palabras de Gerard y me pareció imposible que aguardaran todo un día con sus víctimas para quemarlas ritualmente en el otro extremo de la isla.

Comencé a trepar hacia las casetas sin prisas. Llegué a la primera de ellas y busqué el acceso. Estaba semienterrado en la tierra y cubierta de grandes trozos de roca. Necesitaría un día entero para conseguir abrir la gruesa puerta de madera dura.

Me dirigí al segundo polvorín y di una vuelta a su alrededor. La puerta estaba oculta tras un matorral de zarzamoras y estiré el brazo para apartarlo.

Una garra desnuda, contrahecha y delgada cogió mi muñeca. Hice un movimiento brusco para recuperar mi mano y miré a mi lado.

Era uno de ellos. Había aparecido sigilosamente y me miraba desde los pliegues de su capucha.

Durante una fracción de segundo mi corazón se detuvo y di un paso al costado, dispuesto a defenderme.

El mutilado no pareció prestarme entonces mayor interés y se

dedicó a coger zarzamoras. Suspiré con alivio. El único modo de comunicación residía en disputarse los alimentos.

Me retiré en busca de la siguiente caseta. Estaba abierta y vacía. Busqué en su interior y descubrí que sólo había allí algunos detonadores húmedos y cajas vacías.

Salí otra vez afuera y regresé sigilosamente al sitio donde el mutilado continuaba cogiendo zarzamoras. Por la cantidad que había supuse que podría quedarse juntando frutos el resto del día y yo no tenía tanto tiempo.

Extraje mi puñal y me acerqué con decisión. Tenía la mente en blanco. Era la primera vez que me sentía a punto de cometer un asesinato.

Lo maté casi quirúrgicamente. No sintió nada. Lo oculté y abrí la puerta tras apartar el matorral de zarzamoras.

La puerta cedió y me encontré dentro de un verdadero arsenal.

Busqué con rapidez. Encontré una caja de cartuchos de TNT y cargué todos los que pude en una bolsa de lona, agregué docenas de metros de cable, una caja de detonación a distancia y un puñado de detonadores. Todo aquello pesaba unos veinte kilos o más. Sujeté el bolso a mi espalda y lo aseguré con un par de cuerdas, luego lo cubrí con parte de los harapos que vestía.

El disparo me hizo volver a la realidad.

Mientras corría hasta la puerta de la caseta y salía fuera, los disparos se convirtieron en un verdadero tiroteo. Miré hacia el valle.

Un centenar de mutilados corría hacia el sitio donde había dejado a Loretta y Gerard. Varios de ellos yacían en el suelo acribillados por los disparos, pero eran muchos y despreciaban la muerte. Llegaron hasta el refugio y saltaron sobre ellos dando aullidos y chillidos.

Me quedé paralizado.

Un momento después reaccionaba y corría hacia allí con un arma en cada mano y sin sentir apenas el enorme peso que portaba a la espalda.

Doscientos metros me separaban de Loretta y el niño y corrí velozmente sin disparar. Afortunadamente no disparé, porque a medida que me acercaba comprendí que si lo hacía estábamos perdidos.

Eran más de cien mutilados agrupados en torno a los dos prisioneros y continuaban saliendo más y más de las bocas de las

minas.

En un instante me sentí rodeado de ellos. Yo era uno más entre tantos.

Me acerqué hasta donde estaba Loretta y Gerard. Los estaban desnudando violentamente, pero sin herirlos ni golpearlos. Cuando lo hubieron conseguido los empujaron hacia el camino. Miré el rostro de Loretta y vi una expresión descompuesta y aterrorizada.

No pude hacerle ninguna señal. Yo era la única posibilidad que tenían y jamás me arriesgaría. Vi como el cuerpo desnudo y delicioso de Loretta era empujado por el camino destruido obligándola a dirigirse a la ciudad. Gerard parecía en estado de shock y Loretta, recuperando parte de su magnífica presencia de ánimo, pasó un brazo sobre los hombros del chico.

El griterío que acompañaba aquella marcha era digno de un concierto del infierno.

Los seguí durante un trecho y luego, convencido de que lo único que podía hacer ya estaba controlado por mi imaginación, me separé del camino y busqué el sendero que habíamos cogido para llegar hasta allí.

Calculé que sólo tenía un par de horas de ventaja sobre ellos. Podía marchar a paso acelerado, llevando mi carga por las colinas, aprovechando los descensos para apresurar el paso y sufriendo durante los ascensos. Tenía que cubrir aquella distancia en cinco horas, ni una más.

Todos los músculos me dolían y sentía los huesos recién soldados como si fuesen nervios ardientes.

Tenía que llegar. Tenía que hacerlo.

* * *

Nadé hasta el bote y trepé a él procurando que mi carga no rozara el agua. Sin preocuparme por quitar los arbustos que lo camuflaban, remé hasta el sitio donde la cueva había sido sellada por el desmoronamiento del acantilado.

Detuve el bote ante el sitio indicado y me obligué a reflexionar.

Conocía algo de explosivos de mi época en un batallón de demolición. Consideré los sitios más adecuados y deposité en ellos

dos cargas. Uní las mechas y las dejé en un sitio de fácil acceso. Luego me sumergí.

Nadé hasta el pasillo submarino y entré en la cueva. Sentía una urgencia en el corazón que me dolía en el centro del pecho.

Subí al *Vengador* y puse en marcha sus motores. Lo conseguí tras algunos forcejeos, pero los había revisado varias veces y estaban en un estado impecable. Lo alejé del sitio de la explosión, parapetándolo tras una saliente rocosa.

Volví a zambullirme y busqué un par de sitios donde colocar otras dos cargas. Finalmente los encontré. Un hueco de tamaño regular, justo sobre el nivel del mar y en una grieta natural a un costado de la boca original de la caverna. Miré a mi alrededor y tuve una última idea, por si las cosas no marchaban bien.

Fui hasta el *Vengador* y embalé perfectamente la ametralladora de pie. La llevé fuera a través del pasillo submarino y la deposité en el bote. Regresé a la cueva para sacar algunas otras cosas de utilidad y nadé otra vez hacia el exterior llevando los cables que había fijado a los detonadores de los explosivos.

Uní los dos cables del interior con los del exterior, los atornillé a los engarces de la caja de detonación y remé fuera del alcance de la explosión.

Eché el ancla y miré hacia el acantilado. Contuve la respiración y di media vuelta a la anilla de detonación.

Durante una fracción de segundo no ocurrió nada, pero de pronto todo pareció estallar. Una lluvia de pequeñas esquirlas fusiló el bote y mi cuerpo. El desfiladero quedó oculto tras una gran nube de polvo y espuma y la onda expansiva alzó el bote en una ola magnífica que pasó rauda por debajo para ir a estallar en el extremo opuesto.

Aguardé diez o quince minutos mientras el polvo se asentaba.

El corazón parecía galopar en mi pecho y trepar hasta mi garganta.

Vi la boca expedita. Una amplia abertura semicircular. No podía cantar victoria. Remé hacia allí y entré en la cueva. Busqué una pértiga y regresé a la boca para averiguar la profundidad del fondo.

No había dos metros, pero consideré que podría intentarlo.

Llevé el bote hinchable hasta el *Vengador y* lo subí junto con la pesada ametralladora.

Me costó quince minutos fijarla en su trípode en la cubierta de

proa.

Me senté tras el timón y encendí los focos de reglamento. No deseaba tener un choque inoportuno mientras sacaba el yate de su prisión.

El palo mayor estaba desmontado y me felicité por ello, de lo contrario hubiese tenido que aserrarlo para llegar a tiempo.

Si es que todavía tenía tiempo.

El sol desaparecía lentamente. Durante todo el proceso para liberar el *Vengador* me había negado a pensar en Loretta y el niño. Ahora invadían dolorosamente mi cerebro.

Me aproximé con lentitud a la boca de la cueva y me encogí en la butaca como si con ese gesto pudiese encoger el casco del yate y evitar así que rozara el fondo de rocas. Sentí un ruido sordo y el *Vengador* amenazó con detenerse, imprimí un mayor número de revoluciones a los poderosos motores gemelos y conseguí zafarlo. Ya verificaría luego los daños del casco.

Salí al sol poniente y a toda velocidad me dirigí hacia la prominencia rocosa que ocultaba la ensenada donde la ciudad se había hundido en el mar.

* * *

Loretta, desnuda y magnífica, estaba encadenada a una alta cruz. A su lado, en la misma posición, Gerard observaba la acción de los mutilados como si no fuese él la víctima. El griterío era infernal y todos llevaban leña, ramas y hojas secas a la pira.

Enfilé directamente hacia ellos y detuve el yate a unos cuarenta metros. Tenía que ahuyentarlos de alguna manera antes de que incendiaran la pira.

Anclé el *Vengador* y arrojé el bote hinchable al agua. Me parapeté detrás de la ametralladora y apunté con precaución. Las ráfagas sorprendieron a Loretta, que miró hacia el yate como si fuese un producto mágico extraído de su imaginación. Gerard pareció salir de su sopor.

Los cuerpos de los mutilados caían como blancos de un parque de atracciones y yo evitaba pensar en ello. Sólo deseaba rescatar a la mujer que amaba y al niño y largarme para siempre de aquella isla

maldita.

Y entonces ocurrió.

Alguien encendió la pira. La desesperación me invadió como una epidemia y disparé furiosamente recargando una y otra vez la ametralladora.

Las llamas prendían lentamente en las ramas verdes y el humo me impedía ver con claridad a las figuras sacrificadas.

No pude aguantarlo más. Salté sobre el bote con un fusil y remé hacia el altar de las inmolaciones.

Llegué a tierra y disparé sin cesar acercándome cada vez más. Dejé el fusil cuando acabé las balas y corrí hacia la pira ardiente con mi cuchillo en la mano derecha y el Colt 45 en la izquierda. Disparaba a quemarropa y el impacto del plomo del 45 impulsaba hacia atrás a mis rabiosos oponentes, que arrastraban a los que les seguían.

Llegué junto a la pira y trepé por ella. El humo hirió mi garganta y me hizo llorar. Pero yo también estaba rabioso, sentía un odio ciego contra aquella turba. Las espinas de las ramas herían mi piel y mis brazos y mis muslos sangraban profusamente.

Descubrí a Gerard semiinconsciente y de dos disparos hice saltar el soporte de la cadena y lo arrojé al suelo. Repetí la operación con Loretta, que se había desmayado, y con ella en hombros me dejé resbalar por las ramas. Caí junto al muchacho y desenfundé la Magnum para abrirme paso. Gerard se había repuesto y con un reflejo instintivo, corrió hacia el mar y se zambulló.

Yo avanzaba con toda la rapidez que me era posible procurando no malgastar un solo disparo.

Loretta recuperó el conocimiento y la dejé a mi lado, sosteniéndola por la cintura. El bote estaba a cinco o seis metros. Le di un tremendo empujón que la obligó a correr hacia él, cayó al suelo y rodó hasta tocar el agua. Entonces se puso de pie y se volvió hacia mí.

Yo había enfundado la Magnum y, recuperado el fusil, lo utilizaba como un molinete mientras retrocedía hasta la orilla.

Ninguno de aquellos seres mutilados retrocedía. Eran indiferentes a la muerte y caían para no volver a levantarse.

Finalmente mis pies rozaron el agua y giré ligeramente el rostro por encima de mi hombro para descubrir que Gerard y Loretta ya

estaban en el bote.

—¡Remad! —grité y entonces alguien cogió el fusil y tiró de él.

Caí de bruces y en mi caída la desesperación alcanzó cotas que jamás hubiese sospechado en mí.

Así el cuchillo que llevaba sujeto en mi pierna y con él acuchillé todo lo que se interponía entre mí y el mar. Mi brazo izquierdo era una maza que golpeaba ciegamente. Vi entre los cuerpos harapientos una franja de mar iluminada por el sol agonizante y enrojecido. Agaché la cabeza y como un delantero de rugby me lancé hacia allí rugiendo como un vampiro ebrio, golpeando y acuchillando…

Llegué al mar y me lancé de cabeza. Salí varios metros más allá y nadé con la misma desesperación con que había luchado, hasta que repentinamente sentí el frío del mar y me detuve. Todo había concluido.

El bote estaba a mi lado y Loretta me alargaba sus brazos.

La miré.

Estaba agachada sobre la borda del bote hinchable, con sus senos dorados apuntando hacia mí y una sonrisa llena de lágrimas en sus maravillosos ojos claros.

Volví la cabeza y miré hacia la costa. El grupo de mutilados nos arrojaba piedras, pero no podían alcanzarnos. La pira se consumía lentamente, sin haber concretado el sacrificio.

Volví a mirar a Loretta y trepé al bote.

La besé dulcemente ante los ojos muy abiertos de Gerard.

Subimos al *Vengador,* izamos el bote y Loretta levó el ancla.

Se acercó hacia donde Gerard y yo manipulábamos el timón y sonrió. Se había cubierto con una de mis camisas.

Pasó un brazo sobre mis hombros y yo hice girar el *Vengador* en busca del mar abierto.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gerard.

—Proa al futuro —repliqué.

F I N

EDICIONES CERES, S.A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 50 Ptas.

Impreso en España - Printed in Spain